



Cuatro décadas y un amor

María Verónica Cochetti

EDITORIAL DUNKEN

MARÍA VERÓNICA COCHETTI
CUATRO DÉCADAS
Y UN AMOR

EDITORIAL DUNKEN
Buenos Aires
2015

Cochetti, María Verónica

Cuatro décadas y un amor.

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken, 2015.

E-Book.

ISBN 978-987-02-8070-5

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título

CDD A863

Contenido y corrección a cargo de el/los autor/es.

Diseño de portada: ceciliavieites@nitido.es

Impreso por Editorial Dunken

Ayacucho 357 (C1025AAG) - Capital Federal

Tel/fax: 4954-7700 / 4954-7300

E-mail: info@dunken.com.ar

Página web: www.dunken.com.ar

Hecho el depósito que prevé la ley 11723

Impreso en la Argentina

© 2015 María Verónica Cochetti

e-mail: vcochetti@hotmail.com

ISBN 978-987-02-8070-5

*A José Manuel:
mi amor, mi bonito, mi ángel... mi Él.*

*A mis adoradas amigas,
en especial a SB.*

ELLA.

Y finalmente llegó el día en que Paula se cansó de tener amantes ocasionales; esos objetos sexuales buscados solo para pasar el rato. Hizo un breve repaso de como estaba su vida en esta etapa y se sintió sola.

Arribó a la conclusión de que esas historias vacías de afecto no la estaban llevando a ningún lado.

Respiró profundo y decidió que quería volver a ser feliz, compartiendo su vida con un compañero que la abrace todas las noches y que la haga sentir valiosa y amada todos los días.

Se convenció en silencio y hasta con un gesto de resignación, que era el momento de volver a querer y dejarse querer, aún corriendo el riesgo de volver a fallar.

Esta sensación de soledad, coincidió exactamente con un día en que sus amigas la llamaron para saber porque estaba tan desaparecida.

Era un viernes por la tarde de un caluroso verano en la ciudad de Rosario, cuando su voz al teléfono denotó algo de melancolía. Su desánimo no pasó desapercibido y fue por esa razón que la presionaron insistentemente para salir de copas, a reírse juntas y hacer catarsis grupal.

Paula intentó eludir la invitación, pero no encontró una buena excusa que resultara creíble. No le quedó otra opción que aceptar salir con esas locas, que no aceptaban un no como respuesta, cuando de noche y diversión se trataba.

Bueno... así fue que se preparó desde temprano, se arregló y pintó prolijamente las uñas, alisó su cabello rubio y a pesar de creer que sus piernas siempre fueron demasiado largas, eligió unos zapatos con unos tacones de quince centímetros de altura para la ocasión.

Se vistió pausadamente, mientras reflexionaba que deseaba que le depara el destino esa noche.

Elegió una musculosa blanca con brillitos que contrastaba con su perfecto bronceado y una pollera floreada entallada, delicada y colorida. Se dio un

toque de maquillaje muy natural realzando sus pestañas y salió determinada a encontrar al hombre de su vida.

Aunque ella no se lo creyera, estaba hermosa e irradiaba frescura esa noche.

La cita fue en Rock & Feller's, el bar ubicado sobre el boulevard Oroño. Ese lugar de encuentro era frecuentemente el elegido por el grupo. Les gustaba la ambientación temática de rock, los tragos, los platos y la buena música; pero también por ser lugar de encuentro de solos y solas. Lo consideraban un sitio muy jugoso para divertirse, aunque sea histериeando con la fauna del lugar.

Sus amigas no sospechaban de sus intenciones de volver a enamorarse y esa noche (como todas las veces que salían juntas) la llevaron por el camino de la risa fácil y las copas de más.

Pero el destino ya había decidido por ella.

Entre copa y copa sintió una mirada.

Sintió una mirada de esas que se sienten en el corazón, de esas que cosquillean el alma y dejan huella.

Apabullada por las risas de sus amigas intentó ignorarla, pero ni las resonantes carcajadas de Daniela pudieron persuadirla de esa sensación que le calaba hasta los huesos y se apoderaba de su cuerpo.

De repente le pareció que el tiempo se congeló, observó a sus amigas que hablaban y reían, pero ella las percibía en cámara lenta y con el sonido en off.

Se sintió extrañada con esa sensación rara. Quiso negarla restándole importancia; intentó seguir hablando como si nada pasara, pero esta persistía indefinible en su cuerpo.

A partir de ese instante su vida cambiaría para siempre, aunque aún no lo supiera.

La noche siguió su transcurso habitual, mientras ella ignorándolo todo, seguía siendo observada.

Cuando ya no quedaron más temas de conversación y se saciaron de comer, reírse y tomar; sus amigas decidieron que era hora de retirarse.

En el momento que estaban abandonando el local, una de ellas se adelantó y comenzó a conversar con un amigo que estaba en una mesa cercana a la

salida, la otra fue directo al toilette y la tercera estaba en la barra pagando la cuenta.

Paula quedó rezagada, sola y apurada por alcanzarlas.

ÉL.

Él era un tipo solitario, un poco raro (dirían los que no conocen su pasado).

Esa noche se acostó como solía hacerlo todas las noches: temprano y solo. Pero el calor y el recuerdo de lo vivido no le dejaban conciliar el sueño.

Una y otra vez volvían a su mente las imágenes grabadas en su retina.

No podía sacarse de la cabeza el feroz ataque de palometas acontecido esa tarde de calor en el balneario de la Florida.

Uno a uno revivía los puntos de sutura que había dado a cada una de las víctimas. Recordó el último cuerpo roído por las feroces bestias, que él sanó con manos temblorosas y decidió que sería mejor salir a tomar un trago.

Quizá un poco de alcohol ayudaría.

Así fue como coincidió con ella, en Rock & Feller's, aquella noche.

Llegó silencioso y triste.

El silencio podía deberse a su cansancio, más su tristeza lo acompañaba desde hacia un tiempo largo.

Se sentó en un rinconcito de la barra y ordenó al barman un whisky doble on the rocks.

Giró los hielos con el dedo índice de su mano izquierda, mirando el vaso muy fijamente. Luego comenzó a beberlo lentamente, como dejándose anestesiar por el alcohol.

Cuando sin querer la vio.

Y no pudo dejar de mirarla...

La vio riendo y en ese instante sin saberlo, pero sobre todo sin quererlo, se enamoró.

La melancolía se le notaba en sus movimientos pausados, pero sobre todo en su mirada. Tenía los ojos más tristes que la luna.

Esa noche esos ojos tristes no pudieron despegarse ni un segundo de esa mujer.

La admiró a la distancia y esbozó una mueca parecida a una sonrisa viéndola interactuar animadamente con sus amigas, sin saber que estaba siendo observada.

Le pareció tan linda y femenina que no podía creer que fuera real. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan atraído por una mujer con solo verla. Esta situación lo hizo parecerse un poco tonto, pero por primera vez en años no se juzgó y aceptó naturalmente sentir así.

Perdido en sus pensamientos, él no percibió que ella sintió esa mirada como un escalofrío que le recorrió el cuerpo, como una sensación nueva en su ser.

EL ENCUENTRO.

Cuando Paula alcanzó a sus amigas, en fila se dirigían a la puerta de salida. Las cuatro reían y bromeaban vociferando divertidas que se estaban yendo a dormir sin haber levantado ni siquiera un papel del piso. Se retiraban del lugar de la misma manera que habían llegado: ¡solas!

De todos modos estaban convencidas de que había sido una amena velada de risas y copas; de que había valido la pena la reunión.

Paula estaba feliz por los momentos compartidos con sus cómplices; esas locas sueltas que le llenaban el alma y le alegraban los días en que la soledad se hacía sentir implacable.

Sus amigas salieron rápidamente y la esperaban conversando animadamente en la vereda. Ella era la última en salir. Estaba atravesando la puerta del local cuando volvió a sentirse de esa forma extraña.

Él no dejaba de mirarla. Su cabeza, que le indicaba que la debía olvidar, peleaba con su instinto que le decía que no la deje ir.

Y eso que instintivamente conocía muy bien lo que una mujer podía hacerlo sufrir.

No quiso pensar en nada, solo se dedicó a seguir mirándola. Dejó fluir la vida y por alguna extraña razón del destino, ella repentinamente se dio vuelta y clavó sus ojos azules y transparentes como el cielo en los suyos.

Hubo un intercambio de sensaciones muy intenso, no verbal y que ambos percibieron.

A pesar de ser ambos muy racionales, se dejaron llevar por el momento sin pensar en el después.

Ella terminó de atravesar la puerta, él rápidamente dejó la barra y la siguió sin decir una palabra.

Cruzaron la calle caminando en paralelo. Recién parados sobre el césped del boulevard se enfrentaron y con una luna que competía con sus ojos, él la admiró casi con devoción.

Sus amigas se percataron de que algo pasaba. Discretamente le guiñaron un ojo, dieron media vuelta y se fueron riendo y bailando por la vereda central de Oroño en dirección a la calle Córdoba.

Ella las miró con cariño y agradeció en silencio por tenerlas.

Un instante después estaba a solas con él, ese extraño que la hacía sentir de una manera que no podía descifrar.

FIN DE LA NOCHE.

Parados ahí volvieron a mirarse, ella tampoco podía quitarle los ojos de encima.

Sin decirse una sola palabra y sin tocarse comenzaron a caminar.

No se sabía quién dirigía los pasos, si ella lo seguía a él o si era a la inversa. Pero sin hablar se entendían.

Ella se maldijo en silencio por haberse puesto esos tacones que le estrujaban los pies y en un ataque de rebeldía infantil se los sacó.

Él la imitó y también se quitó sus zapatos, como acompañándola en su rebeldía.

Y así, como dos niños, siguieron caminando bajo la luz de la luna.

No mediaron palabra ni se tocaron, pero se sintieron acompañados en su inmensa soledad.

Caminaron muchas cuadras, sincronizados, sin sentir cansancio y como si esas calles fueran pisadas por primera vez en sus vidas. En el estado de ensoñación en el que estaban ni se percataron de que iban descalzos.

La calle estaba tranquila y silenciosa después de un día de calor agotador. Era como si la ciudad durmiera acunada por la luna que esa noche parecía excepcionalmente grande y brillante.

Cuando llegaron a la esquina de su departamento, Paula se detuvo bruscamente. Ambos dejaron caer los zapatos que llevaban en sus manos y se fundieron en un abrazo íntimo y eterno.

Sintieron una conexión que iba más allá de todo lo que habían experimentado previamente en sus vidas. Una unión profunda e intensa, imposible de describir con palabras.

Pero de repente el miedo los paralizó y se separaron bruscamente; él salió corriendo, abandonando sus zapatos y queriendo con toda el alma olvidarla.

ÉL, DESPUÉS DEL ENCUENTRO.

Salió disparado, descomprimiendo esa necesidad urgente de huir que le oprimía el pecho.

Corrió sin pausa hasta la entrada de su pequeño departamento. Ni siquiera se dio cuenta de que le faltaban los zapatos.

Abrió la puerta y en el ascensor se dejó caer sentado para recuperar el aliento.

Entró en su casa y se serenó solo un poco. Se sentó en la cama y comenzó a sentir la emoción de lo vivido esa noche en sus entrañas y en su piel.

Es que hacía más de dos años que no podía sentir nada. El dolor provocado por una relación frustrada le había bloqueado toda conexión con su cuerpo.

Se desvistió y ordenó prolijamente la ropa en una silla con movimientos precisos, casi como un autómatas y con la mirada perdida.

Lentamente comenzó a reestablecer el ritmo normal de sus pulsaciones. Se dio una ducha que lo aflojó aún más y bajo el agua comenzó a llorar desconsoladamente.

Al principio se sintió peor, sintió que perdía parte de su hombría por llorar así, pero luego se permitió aceptar su debilidad y poco a poco su angustia se fue serenando.

Se acostó desnudo, acurrucadito en posición fetal y después de muchas noches en vela, durmió como un bebé.

ELLA, DESPUÉS DEL ENCUENTRO.

Ella quedó inmóvil, sin aliento para reaccionar.

Lo miró hasta que desapareció de su vista y fiel a su estilo adquirido desde la niñez, negó los hechos.

Se encogió de hombros y hasta sonrió.

Recogió sus tacones como si nada y cuando comenzaba a caminar vio los zapatos abandonados.

Por curiosidad los observó detenidamente. Eran unos zapatos de cuero acordonados, tipo náuticos, bastante hechos mierda.

Con humor se dijo que a juzgar por el estado de los mismos, no se estaba perdiendo de mucho.

Con frialdad los tiró en el contenedor de basura y sin mirar atrás caminó hasta su edificio. Subió por el ascensor tranquilamente y entró a su departamento.

Se desvistió pausadamente y recién cuando se acostó, reflexionó sobre los hechos.

Mansamente se resignó a otro intento sin suerte y se convenció de que en realidad no necesitaba más amor en su vida, ya que tenía el amor incondicional de sus hijos.

LA VIDA CONTINÚA.

El sábado siguiente él se levantó renovado, con una energía diferente. Sintió ganas de salir a correr, se vistió con ropa deportiva y bajó a la calle. Subió el volumen de los auriculares de su celular y al ritmo de Rod Stewart salió por el boulevard con dirección hacia el río. Llegó a los Silos Davis canturreando *Have you ever seen the rain* en un inglés tan desfigurado que daba risa escucharlo.

Iba completamente abstraído de la realidad, cuando le vino a la mente una imagen fugaz... Era un flash de ella increíblemente luminosa riendo con sus amigas.

Se increpó porque no fue capaz ni siquiera de averiguar su nombre y recapituló la esquina en la cuál la abandonó.

Corrió mas de diez kilómetros a un ritmo acelerado y volvió bastante cansado, pero con una tranquilidad inusual para él. Se sentía exhausto pero a la vez liviano y de buen ánimo.

El resto de su fin de semana transcurrió con total normalidad, no estuvo de guardia ni tuvo que atender ninguna emergencia. Se dedicó a descansar, ver películas de acción y a terminar el último libro de la saga de *Los juegos del hambre* que lo tenía atrapado.

Dentro de su normalidad, se contaba su nula vida social pero a eso ya estaba acostumbrado. Solo le pesaba esa condición cuando cocinaba cosas ricas y no podía compartirlas con nadie.

Ella en cambio se pasó la mañana remoloneando en la cama, sin muchas ganas de nada.

Al mediodía llegaron sus hijitos que estaban con el papá. Cuando los vio, no pudo contener el impulso de abrazarlos hasta casi asfixiarlos. Cayó en la cuenta de que sí, ellos eran de verdad, el amor incondicional de su vida.

SEGUNDO ENCUENTRO.

Ese lunes sonó el despertador y Paula lo apagó en un santiamén para no despertar a sus hijos.

Recordó que tenía una reunión importante en el trabajo y que debía llegar temprano.

Se duchó y secó su cabello. Revolvió su guardarropa y se decidió por un pantalón blanco tan largo y elegante como sus piernas y un par de chatitas que parecían de bailarina. Se vistió rápido.

Desayunó parada, un cafecito y tres galletitas en la cocina de su casa. Le abrió la puerta a Sonia –la niñera– y siguió con su rutina.

Se cepilló los dientes, se dio un toque rápido de maquillaje y salió apresurada para su trabajo.

Saludó al guardia de seguridad seca pero amablemente a la vez.

En el edificio era conocida por su mal humor matutino, pero ella siempre guardaba las formas y era muy educada. Solo la delataba esa carita de fastidio que la acompañaba hasta después del mediodía.

Cuando salió a la calle, con ese apuro inusual por llegar a horario, no reparó en que la vereda estaba rota y con sus indómitas piernas largas se trabó con una baldosa desnivelada. Trastabilló hasta terminar dando de lleno con todo su cuerpo contra el piso.

Se desparramó contra las rústicas baldosas de la vereda, maldijo en todos los idiomas que le vinieron a la mente y se levantó más rápido de lo que cayó.

Con la sangre caliente recogió sus cosas, que estaban esparcidas hasta en la calle y paró un taxi. Cuando se subió al auto, descubrió que tenía el pantalón roto y una herida grande sobre la rodilla derecha. Se le bajó un poco la presión pero logró calmarse y minimizar la situación para no desmayarse de la impresión.

Enseguida le indicó al taxista que la lleve hasta el sanatorio más cercano.

Él se levantó sin despertador.

O su reloj biológico estaba muy bien sincronizado con sus actividades o era tan aburrido y se acostaba tan temprano que se despertaba sin ayuda antes de que salga el sol. Ni él lo sabía, pero despertar de esa manera lo predisponía mejor para el trabajo.

Ese lunes tenía pacientes en su consultorio bien temprano.

Se duchó rápido y se vistió. No reparó que le faltaban los zapatos hasta que no llegó el momento de ponérselos. A los tres segundos de buscarlos recordó en que situación los había perdido y lejos de maldecir, sonrió.

Rápidamente descubrió que eran los únicos que tenía y que estaba en problemas para ir a trabajar.

De todos modos, para él, fue un poco liberador darse cuenta de que sin planificarlo se deshizo de lo último que aún conservaba de su vida anterior.

Esos zapatos eran los que calzaba el día que huyó despechado de la ciudad de Santa Fe solo con lo puesto.

Eran lo único que ataba el pasado con su nuevo presente en Rosario.

No dio muchas vueltas y a su ropa de vestir le sumó las zapatillas Reebok multicolores que usaba para correr.

Reflexivo y por primera vez en mucho tiempo, se objetó ser tan despreocupado de su presentación personal y prometió obligarse a mejorar su guardarropa para no pasar de nuevo por una situación incómoda como esta.

Llegó al sanatorio e inmediatamente se puso a hacer consultorio.

Paula llegó a la guardia rengueando y con el ánimo por el suelo. La atendió una residente que de verla tan perfecta y pulcra, no se atrevió ni a tocarla.

Cuando le contó lo ocurrido, la médica dedujo que la herida era para unos puntos de sutura que ella no estaba dispuesta a realizar. Era recién recibida pero no era tonta, ni loca se expondría a dejarle una fea cicatriz por una mala praxis.

Pensó rápido y actuó en consecuencia. Hizo un llamado por teléfono y le indicó que aguarde un momento.

La dejó sola en el consultorio de la guardia.

Paula estaba sentada en la camilla, con cara de pesar y un humor de perros.

Esperó y esperó... más de lo que le hubiera gustado.

Se reclinó para atrás recostándose en la camilla y cubrió su frente apoyando el dorso de su mano derecha, un poco como para no pensar en el dolor que sentía y otro poco por no poder creer tener tanta mala suerte esa mañana de lunes.

Adiós reunión en el trabajo y adiós a sus pantalones blancos tan queridos, pensó.

Siguió aguardando tratando de conservar la calma, pero los minutos volaban y nadie venía a atenderla.

Ya estaba más enfurecida que dolorida, cuando percibió que alguien se acercaba a la sala.

Se incorporó agilmente y se sentó lo más rápido que pudo sobre la camilla, mirando el piso instintivamente.

Lo primero que vio entrar por la puerta fue un par de zapatillas multicolores que le parecieron ridículas para la ocasión y se preguntó quién era el ridículo que las usaba.

Cuando subió la vista para comprobarlo, el pulso se le aceleró y no supo cómo escapar de la situación.

—¡Ay Dios! si pudiera evaporarme, desaparecer, evadirme— rogó en silencio.

Pero no, estaba ahí, completamente indefensa y sin poder huir.

Él, por su parte, tampoco se imaginaba con quién se iba a encontrar tan fortuitamente aquella mañana.

Y tampoco supo como reaccionar.

A los cuarenta y tres, se sintió como un nene de seis años enamorado de su maestra de primer grado. Le brillaban los ojitos del amor pero no pudo hacer nada.

Dio un paso atrás. Se sacudió las ideas peinándose el cabello ansiosamente con la mano.

Rápidamente se obligó a bajar a la realidad, ser profesional y actuar objetivamente.

PALABRAS SIN PALABRAS.

Se estudiaron con la mirada. Él no sabía que hacer. Se moría de ganas de abrazarla, de tocarla, de besarla, de protegerla, de consolarla, pero se limitó a actuar en su rol de médico.

Arrancó con su rutina habitual para serenar a sus pacientitos e infló un guante. Le dibujó una carita y del otro lado un corazoncito (el corazoncito se salía del libreto habitual pero de todos modos pensó que pasaría desapercibido). Se lo dio y ella lo aceptó sin cuestionarlo; como hacían sus pequeños pacientes.

Tomó unas tijeras y le cortó el pantalón para poder curarla con más comodidad.

–Si te portas bien no te va a doler –le dijo con una voz muy varonil pero a la vez con un tono muy apacible.

Por primera vez ella escuchó su voz y se quedó mirándolo fijamente.

–Uffff, que voz que tiene –pensó, a la vez que no podía dejar de observarlo, de descubrirlo, de estudiarlo.

La curación, tal como él lo anticipó, fue. Ella se quedó quieta y confiada y él con sus manos amorosas y habilidosas suturó la herida.

Era muy profesional, pero a la vez sus toques le parecían suaves caricias.

Solo cuando terminó, volvió a hablar:

–Tuviste suerte de que estuviera yo. Casi no se te notará la cicatriz.

Dicho esto, le dio la espalda y se retiró del consultorio dejándola sola.

Ella quedó sentada en la camilla, desconcertada por sus palabras. No podía procesar lo vivido. No entendía si había algo de verdad en lo que sentían o si todo era solo un juego.

Pensó en las palabras que él pronunció y le sonaron muy arrogantes; pero por otro lado su desempeño fue impecable. Tenía razón, ella se comportó como una niña buena y no le dolió en absoluto.

A los pocos minutos de permanecer sola en la sala, volvió la médica

residente mucho más despreocupada al ver que ya estaba resuelta la situación. Le completó la historia clínica, le recetó antibióticos y le indicó que vuelva en siete días.

NOS PONEMOS DE ACUERDO.

Paula estaba retirándose del sanatorio, huyendo apuradísima por el pasillo de la guardia. Caminaba logrando disimular el dolor que sentía, pero con una bronca y un desconcierto que se le notaban de lejos.

No entendía esa forma de actuar, por un momento tenía esos ojos que revelaban amor puro y casi al instante la ignoraba.

Avanzaba apresurada, cuando repentina y bruscamente la tomaron del brazo y la obligaron a entrar contra su voluntad en un cuartito pequeño. La puerta se cerró tras de sí haciendo un ruido que la sobresaltó.

Recién estando inmóvil adentro del cuarto en penumbras, se percató de que era el dormitorio de los médicos de guardia e instantáneamente dedujo quien era su secuestrador.

Giró buscándolo en la oscuridad más mala que un bicho. Si hubiera tenido poderes paranormales lo hubiera prendido fuego con la mirada.

El odio y la frustración que sentía le salían por los poros.

Lo descubrió apoyado contra la puerta, sonriendo. Volvió a mirarlo. Esta vez, clavando la mirada en esos ojazos que la observaban y controlando su furia, pausadamente le habló:

—A ver, Negrito... Todo bien con vos, pero ¿Qué es todo esto? ¿A qué querés jugar conmigo? Porque como te habrás dado cuenta, soy una mujer de cuarenta años que no tiene muchas ganas de pavear como una nena de quince.

A él, esas palabras le causaron risa. A ella, esa risita, la indignó y la enfureció de tal modo que solo atinó a retirarse.

Enérgicamente se encaminaba hacia la puerta, cuando él le cortó el paso con su cuerpo y quedaron cara a cara.

Él se acercó a ella y le robó el beso más tierno de la historia de los besos.

Un beso suave, inocente, casi despojado de otras intenciones.

Y antes de que ella se enoje aún más, la retuvo sujetándola delicadamente de los hombros, obligándola sutilmente a que lo mire a los ojos nuevamente.

La observó por unos instantes eternos. Observó minuciosamente esos ojos azules que lo perdían de amor y dijo:

–Me gustas mucho Paula. Hacía mucho tiempo que una mujer no me gustaba tanto... ¿Puedo volverte a ver?

Ella sin pensarlo le dijo –Si.

Fue un si conciso y seco.

¡CONTÁ TODO YA!

Si pensó que iba a librarse de contar todo con lujo de detalles, se equivocó rotundamente.

No eran mujeres; las mamitas, las sin filtro, las locas sueltas o como quieras llamarlas, eran una jauría de fieras que querían saberlo todo.

Paula, como era su costumbre y para preservar sus sentimientos, minimizó todo, no contó casi nada y hasta las engañó.

Tenía miedo de que si le ponía las verdaderas palabras, ese cosquilleo que sentía desapareciera.

En realidad, les mintió... y con respecto a su aventura del viernes, dijo que fue un romance consumado en una noche, que no había estado mal, pero que había sido totalmente intrascendente.

Sus, simplemente amigas al fin, aceptaron esa respuesta como válida; la miraron como con cara de resignación y cambiaron de tema.

Mientras escuchaba sin escuchar las aventuras escolares de la señorita Ro, Paula sonreía por dentro por haber preservado solo para ella, lo vivido los últimos días.

VOLVERTE A VER.

La última vez que estuvieron juntos, ella accedió a volverlo a ver.

Pero entre mirada, encantamiento y embelesamiento mutuo, no quedaron en nada concreto.

Este fue un problema para ambos, ya que si bien sabían adonde encontrarse, ninguno de los dos quería dejar en evidencia su desesperación.

Él, más resuelto a concretar algo, se hizo habitué del café La Muestra; el café de la esquina del primer abrazo.

El lugar le quedaba muy a trasmano, tenía que ir en auto y era una proeza conseguir lugar para estacionar. Pero se esforzaba porque estaba convencido de que la vería.

Fue muchos días y en muchos horarios. Desayunó, almorzó, merendó y cenó tantas veces que ya se saludaba con los vecinos del barrio.

Se parapetaba en una mesita para dos, al lado del segundo ventanal y monitoreaba la zona sin perder un instante de atención.

Ya era algo agotador, pero no pensaba desistir.

Llegó a pensar que había confundido la esquina o que ella se hubiera mudado, pero por lo que había visto en la historia clínica, sabía que esa era la esquina en cuestión.

La realidad era que ella había pasado muchas de las veces que él la había buscado con la mirada, pero oculta tras los vidrios oscuros de su auto. Era muy raro verla caminando por el barrio.

Paula también hizo de las suyas para intentar cruzarlo, pero lo hizo más disimuladamente. Fue un par de veces al sanatorio inventándose alguna excusa tonta, pero todas las veces sin éxito.

Sin embargo no perdía las esperanzas. Le bajaba la ansiedad saber que lo volvería a ver el día que tenía agendado para hacerse las curaciones.

Pasaron los días y después de una dilatada espera llegó ese momento tan anhelado. Contra todas sus expectativas lo vivió con gran desilusión.

Volvió abatida a su casa, ya que la atendió otro cirujano que diligentemente le curó la herida y le quitó los puntos.

De todos modos la consulta no fue en vano. La curación fue asistida por una enfermera amistosa y con muchas ganas de conversar que le reveló varios datos.

La enfermera Juanita, una señora rubia, alta y exuberante de unos sesenta años, le habló de él con extremado cariño. Le contó que hacía aproximadamente dos años que se había unido al equipo; que era muy reservado en su vida personal y que se le notaba un gran dolor. También le contó con admiración que era el mejor cirujano de niños del sanatorio; contenedor y compasivo con los padres, pero sobre todo con sus niñitos, a los que sanaba más con amor que con sus adiestradas manos.

Escuchar este relato de su compañera de trabajo la enterneció y le hizo ansiar aún más volver a verlo muy pronto.

CONFESIONES FEMENINAS.

Y llegó el momento en que finalmente se encontraron.

Está claro que el destino y la persistencia después de tantos días les jugó a favor.

Él salía de tomar el cafecito número tres mil en La Muestra y ella venía del kiosco, distraída.

Chocaron en la ochava de la esquina por pura casualidad. Cuando se descubrieron, se tocaron. Se sintieron. Y sin decir una palabra, solo con el modo de mirarse, agradecieron estar juntos de nuevo.

Él la invitó a tomar un café en el bar del cuál acababa de salir.

Paula nunca había entrado a ese lugar, no era de su estilo ni de su agrado, pero le gustó hacer con él algo que nunca antes había hecho.

Una vez servido el café, ella le puso dos sobrecitos de azúcar, mientras él no dejaba de observarla atentamente.

Sus miradas se encontraron nuevamente y ella habló:

—¿Qué vamos a hacer con esto que nos está pasando? Voy a ser brutalmente sincera: tengo cuarenta años, dos hijos que son mi vida y por los que me levanto todas las mañanas. Fui fiel durante diecinueve años, pero esa relación se terminó de golpe, dejándome vacía, sola y desamparada con dos bebés que me necesitaban.

Soy muy autoexigente y me presiono demasiado. Trabajo mucho, y aunque económicamente no lo necesito, creo que en el fondo lo hago para no decepcionar a mi madre.

Me hago la superada y salgo mucho de fiesta. Tengo amantes y me divierto, pero a veces me abrumba la soledad y lloro en silencio.

De vez en cuando me angustio y siento melancolía, pero no permito que nadie me vea así. Me exijo ser una mujer autónoma y fuerte.

Habrás observado que soy muy seria y reservada con la gente, casi como desconfiada. Te confieso que es un personaje, una postura que me he inventado

para que no me dañen, un mecanismo de defensa aprendido hace muchos años.

Ultimamente siento una gran soledad que me pesa y me duele, por eso quiero volver a estar acompañada. Anhelo a alguien que me quiera como soy, con mi mal carácter y mis caprichos.

Que me acompañe aunque no estemos físicamente juntos.

Que se alegre por mis logros y sostenga mi mano en los malos tiempos.

Quiero enamorarme y desenamorarme por siempre de esa misma persona, aunque no sea fácil y a veces cueste; pero por sobre todas las cosas quiero lealtad. Nada de mentiras, ni misterios, ni engaños, ni trampas.

Quiero, por fin a los cuarenta, volver a ser feliz... solo eso quiero.

Cuando terminó de hacer esta cruda confesión, se arrepintió de haberse expuesto de tal forma y sin medir las consecuencias. Se le hizo un nudo en el estómago y hasta se puso colorada. Estaba más bien acostumbrada a ocultar y reprimir sus sentimientos.

Él, que no podía dejar de mirarla con sorpresa y admiración; al escuchar semejante declaración solo pudo decir:

–Muerdo de amor al descubrir tanta sensibilidad detrás de esos ojos azules como el cielo que me pierden. No puedo prometerte resultados, pero voy a intentar con todas mis fuerzas ser esa persona que estás esperando.

CONFESIONES MASCULINAS.

Después, él continuó:

–Te propongo que empecemos de a poco, conociéndonos en las cosas simples y cotidianas, haciendo cosas aparentemente intrascendentes como caminar de la mano, mirar las estrellas, cocinar juntos, reír por nada.

También voy a desnudar un poco mis debilidades para vos.

Tengo cuarenta y tres años, nací y me crié en Santa Fe, con una madre difícil que nunca me concedió el amor que necesitaba en mi infancia. Con un padre presente físicamente, pero a la vez ausente. Me hubiese gustado ser ingeniero químico, pero para escapar de mi madre elegí la carrera de medicina. La escogí para poder mudarme con una buena excusa, ya que es una carrera que no se dicta en Santa Fe. La Universidad Nacional de Rosario fue mi escape, mi gran opción para recibirme de médico y a la vez seguir mi camino.

Al final tuve suerte con la elección, me gratifica espiritualmente “reparar niños rotos”, porque tengo la sensación que con cada nene que sano, sana también un poquito mi niño interior.

Estudié como un loco los años de facultad, era casi como un robot, ya que no podía fallarle a mis padres por el sacrificio que hacían para mantenerme aquí y pagarme los estudios.

Cuando me recibí mi madre me manipuló de tal modo que tuve que volver a Santa Fe.

Allí, me enamoré perdidamente y me casé.

Después de diez años de un matrimonio, que yo creía feliz, vino el más crudo desencanto.

Escapé de mi casa y de la vida que tenía, solo con lo puesto hace casi dos años y medio para dedicarme exclusivamente a mi profesión.

Así fue hasta el momento en que te vi. Esa noche supe que ya no quería estar más tiempo solo, descubrí que quería otra vida para mí.

Por favor, intentemos terminar con nuestras soledades, pero te propongo que no le pongamos un rótulo a esta relación, ni carguemos de expectativas lo que nos pasa.

Dejemos que fluya y solo saque lo mejor de los dos.

Prometo que será sin mentiras, sin engaños y sin dobles intenciones, ya que ser así no es mi estilo.

Al terminar sus palabras le guiñó un ojo cálidamente, estiró las manos por encima de la mesa entre las tacitas de café y tomó las suyas suave y delicadamente.

La besó con la mirada.

Lo sacó de ese encantamiento su teléfono celular, tenía una emergencia que lo obligó a despedirse rápido y entrar volando al quirófano.

CONTACTO VIRTUAL.

Él terminó la cirugía rápida y exitosamente. Habló con los papás de su paciente, dobló por el pasillo del sanatorio y cuando los padres ya no lo veían, salió corriendo como un niño hasta la guardia.

En la guardia estaba Juanita, su asistente y fiel compinche. Entre los dos revisaron las historias clínicas hasta dar con la de Paula.

Juanita le dictó el número de celular y él lo ingresó completo para luego actualizar Whatsapp y buscarla entre los contactos.

Sonrió al verla en la playa, con sus lentes de sol, los cabellos al viento y un cielo cargado de nubes.

Acto seguido se atrevió a escribirle.

–¡Hola hermosa!

Ella estaba terminando de cenar solita ya que sus niños estaban con el padre. Sintió el ¡clap! característico de su celular, abrió Whatsapp y curiosa, se dedicó a ver la foto de perfil de su enamorado.

Vestía ambo azul, una cofia con dibujitos coloridos, anteojos de seguridad, guantes de látex y un barbijo en la mano. No le costó mucho darse cuenta de que fue sacada en el trabajo y se dijo: ¡Que virgo! Rió sola con una risita tonta.

Luego le contestó:

–¿Qué haces?

–Pensaba en vos, linda.

–¡Ah! ¿Sí, mi Negro?

–Sí. Pensaba en vos y en todo lo que hablamos. Estoy feliz con eso.

–Yo también estoy contenta por haber podido ser tan abierta y directa con vos, es algo que no se me da fácilmente.

–Sí, Paula. Me di cuenta de eso y realmente lo aprecio. Pero me faltó decirte algo... muy importante, que me quita el sueño y casi no me deja respirar. Además de estar loco por compartir mi vida con vos, estoy enfermo

por tocarte, por comerte a besos y cogerte hasta morir de amor. Quiero tenerte solo para mí cuanto antes. Me perdés de deseo y no puedo pensar en otra cosa. Por favor, necesito verte. Porfi. ¿Puedo? ¿Puedo? ¿Puedo? ¿Eh? ¿Eh? ¿Eh?

Ella quedó sorprendida con sus declaraciones, pero a la vez le gustó descubrir su lado más rústico, tan típicamente masculino.

También le dio gracia el modo infantil que tenía de pedir por favor que concretaran un encuentro más íntimo.

Reflexionó acerca de su solicitud y se convenció de que sí, de que quería tener todo eso con él, pero le respondió escuetamente:

–Jajaja, me hacés reír y ruborizar un poco.

Él asumió esa respuesta como un sí y ansiosamente escribió:

–Voy a tu casa.

–No, en casa no– respondió rápidamente ella, casi con pavor.

Esa era una regla inamovible; no mezclaba a sus hijos con sus historias y sentía que su casa era un refugio exclusivo para los tres.

–Entonces te paso a buscar en media hora –replicó él.

–Mmmm, no sé... Bueno. Sí... ponele... Jeje... Te espero en la otra esquina, no la del bar –propuso ella divertida.

Paula dudó que actitud tomar, si hacerse medio la ingenua o desplegar todos sus recursos sexuales aprendidos en su último tiempo de canas al aire con sus variados, jóvenes y fogosos amantes.

Decidió que iba a dejarse llevar por la situación, sin pensar demasiado.

Él saltaba como un loco de alegría. Hacía mucho tiempo que no intimaba con una mujer y estaba excitado como si ésta fuera a ser su primera vez.

CONTACTO SEXUAL.

Paula se preparó rapidísimo, se duchó y se encremó íntegra con una crema de mango de Victoria's Secret que la dejó suave como la seda y con una fragancia increíble. Estaba impecable, porque siempre estaba lista para ir a la guerra. Recordaba las sabias palabras de su amiga que reía y repetía como un mantra: “a la adultez, la putez”.

Ella, que en la adolescencia había rozado la frigidez a causa de su educación religiosa y su madre, se sentía orgullosa de por fin a los cuarenta y ya estando divorciada, haber roto tantos prejuicios y tener una sexualidad tan plena.

Siempre se preguntaba que hubiera pasado si hubiese podido tener la mente más abierta cuando aún estaba casada, haberse permitido ser más libre sexualmente con su ex, en vez de haber sido tan fría y pudorosa. Le carcomía la duda de que si eso, por ahí, no hubiera ayudado a salvar su matrimonio. Pero bueno, ya no había vuelta atrás y había aprendido la lección.

Salió de su departamento y caminó media cuadra, hasta el sitio adonde habían acordado que él la pasaría a buscar.

Esperó parada en la esquina, casi apoyándose contra la pared para resguardarse del tránsito de la calle, pero por sobre todo para no caerse. Le temblaban un poco las piernas y en ese momento la invadió el temor por lo que estaba haciendo.

Dimensionó a lo que estaba accediendo y de repente sintió un miedo visceral de enamorarse y volverse tan vulnerable otra vez, de exponerse nuevamente a sufrir tanto por amor.

Él llegó y se bajó para abrirla la puerta. La tomó de la mano para ayudarla a subir al auto y luego cerró la puerta con delicadeza. Cuando se sentó a su lado, le tomó la cara con ambas manos y la besó apasionadamente.

Luego la miró fijamente a los ojos y adivinando lo que ella sentía, le dijo suave y pausadamente:

–Yo también estoy muy asustado, pero por favor hagamos que pase...

Quiero perderme con vos y que te pierdas conmigo.

Llegaron al edificio, subían por el ascensor y ella temblaba de los nervios. No entendía por qué le estaba sucediendo esto si era algo que había hecho muy a menudo en el último año.

Concluyó que era él quien la perturbaba casi tanto como el día en que perdió su virginidad.

Él, disimuladamente la rozaba. Quería comérsela a besos lo antes posible.

Cuando entraron al departamento y cerraron la puerta, el mundo entero se esfumó. En ese instante, el universo estaba integrado solo por ellos dos.

Él la atrajo contra su cuerpo y la besó desenfrenadamente. Ella pudo sentir una terrible erección contra su vientre.

Después, él la abrazó tiernamente y la levantó por el aire, la cargó en sus brazos y la llevó hasta su cama.

La desnudó con desesperación y sin ningún preámbulo más, la penetró.

La penetró suave pero profundamente, quería sentirla toda, tal como se lo había anticipado, quería perderse y morir adentro de ella.

Ella lo miró a los ojos pero él le esquivó la mirada triste. Paula casi muere de amor al descubrir sus ojos muy brillosos y una lagrima que le rodaba por la mejilla; que él intentaba ocultar.

Siguió penetrándola, cada vez con más intensidad y más fuerza hasta que le arrancó un orgasmo que la desconcertó; por un instante perdió la dimensión real del tiempo y el espacio. En ese instante glorioso, todo se redujo a sentir placer y proximidad con él.

Después él acabó con un rugido casi animal, inundándola, llenándola, satisfaciéndola y relajándola de un modo inimaginable.

Cuando todo terminó, él se quedó muy quieto, con su cara sumergida en el cabello de esa mujer que tanto había deseado, mientras Paula con cariño le acariciaba la espalda.

Ninguno de los dos había reparado de que ella estaba completamente desnuda y él vestido. Al darse cuenta de la situación, él se incomodó porque se sintió torpe y desatento.

Había pensado en hacerle tantas cosas que se sintió un imberbe tonto habiendo sido tan básico y hasta adolescente en esta primera vez.

¡OHHHH!

Ella que casi muere de ternura al verlo tan indefenso e inmaduro, para sacarlo de esa incomodidad que se palpaba en la tensión de su mandíbula, actuó despreocupadamente.

Se incorporó sin quitarle la mirada de los ojos, se levantó de la cama y con un movimiento cortito y gracioso de su dedo índice le ordenó que la siguiera.

Él hizo caso y apresuradamente quedó paradito junto a ella.

Ella, hacía gala de su perfecta desnudez, de su debilidad femenina frente a él, en cuerpo y alma.

Él seguía vestido, inclusive se había subido los pantalones y hasta abrochado el botón; en un acto reflejo de querer proteger su pasión incontenible y esconder la excitación exagerada que lo embargaba.

Ella continuó examinándolo, le sonrió y comenzó a desvestirlo. Tiernamente le desabrochó uno a uno los botones de la camisa, mientras besaba lentamente cada parte del cuerpo que desnudaba.

Era como un descubrimiento, como ir viendo por primera vez un cuerpo masculino y viril que comenzaba a gustarle mucho.

Con cada centímetro de piel que descubría se estremecía, quería ver y tocar más.

Le descubrió completamente el torso y se frenó, se alejó un poquito y se quedó como tontita observándolo.

–Uffff... lalála! –pensó para sus adentros. –¡Mirá el doctorcito que tan vestidito no decía nada!

Instantáneamente le afloró esa sonrisita maliciosa tan típica de ella.

Él, por su parte, estaba superado por la situación, solo se dejaba llevar. Aún no había recuperado del todo el sentido después de semejante orgasmo.

Estaba fascinado por la calidez de esas manos que lo tocaban amorosamente.

–No pares –le suplicó.

Ella volvió a su tarea y continuó; esta vez, desabrochó el botón y tiró del pantalón hacia abajo arrancándole hasta su ropa interior.

Gran sorpresa se llevó al descubrir la perfección de ese miembro erecto, enorme y viril, que sin ningún juego previo le había arrancado un orgasmo bastante satisfactorio.

Su pensamiento se dirigió a un terreno disparatado y divertido:

–Mmmm... cuantas horas de placer voy a disfrutar con esto...

¡Pero si hasta me dan ganas de agarrar un marcador y dibujarle una carita!

¡De hacerle un gorrito tejido al crochet!

¡De ponerle un nombre y hasta que tenga documento propio!

Elucubraba disimuladamente estas ideas a la velocidad de la luz y la sonrisita pícara no se le borraba de la cara.

Él seguía admirándola entretenido de verla en acción tan naturalmente.

Le quitó el pantalón por completo y con un empujoncito lo tumbó sobre la cama.

Se acostó encima de él, amoldándose a él, como si fuera de plastilina, contactando completamente desde los empeines hasta el cuello de ese cuerpo que comenzaba a perderla de excitación.

Quería sentir el contacto de su piel contra la de él.

Él también era muy suave y cálido. Apoyó su mejilla sobre el cuello de él y permanecieron así durante mucho tiempo. Respiraron acompasados, se sintieron y hasta se olieron.

Esta vez, él le acariciaba suavemente la espalda y ella volvió a sentirse tentada por la intensa erección que sentía contra su vientre.

EL REGALO.

Ella tomó el control de la situación y le enunció pausadamente lo que él le dijo esa vez en el consultorio de la guardia:

–Si te portas bien no te va a doler.

Le sonrió cómplice y le guiñó un ojo.

Lo obligó a incorporarse un poco y le puso un par de almohadas en la espalda para poder verlo bien a la cara, para no perder el contacto de sus ojos con los de él.

De todos modos, él ya estaba completamente perdido, no podía creer lo que estaba sintiendo después de tantos días y noches de soledad.

Paula se arrodilló intercalando sus piernas con las de él casi a la altura de las rodillas, como en cuclillas; y con las manos apoyadas en el pecho de su nuevo amor, se acercó y le habló al oído:

–No puedes hacer nada, simplemente mirar y sonreír si te gusta.

Él atinó a tocarla, pero ella le frenó el impulso con la mirada. Volvió a hablar solo para indicarle que si no obedecía la obligaba a atarle las manos con un pañuelo.

Él comprendió el mensaje y decidió someterse por completo.

Empezó el juego...

Lo acarició tiernamente desde los hombros, suavemente fue bajando, jugueteó con sus pezones y siguió como tanteando a ciegas los abdominales (que no eran impresionantes pero igualmente eran dignos de tocar). No se detuvo hasta llegar a su pene.

–Señor pene... –pensó.

Primero lo tomó entre sus manos y lo acarició superficialmente, con movimientos suaves en forma de tirabuzón, deslizando una mano tras la otra.

Si bien ponía empeño en la manera de tocarlo, no dejaba de prestar atención a esos ojos que la adoraban.

Se sentía poderosa y apreciada bajo esa mirada.

Después se reclinó un poco más y comenzó a jugar con la boca, se lo introdujo y lo saboreó con ganas, lo chupó y lo mordisqueó hasta que decidió que era momento de seguir adelante. Le dio el último besito sin perder el vínculo visual que los tenía atados por un hilo invisible.

Se incorporó y se acopló al majestuoso señor pene.

Comenzó a moverse.

Él estaba tremendamente extasiado, no podía coordinar ninguna acción, solo se dejó llevar preso de las sensaciones.

Ella siguió moviéndose, ahora lo hacía con un ritmo que ella controlaba y con movimientos que la proveían de un placer cada vez más excitante.

Cuando estaba por alcanzar el clímax, se serenaba y volvía a observar la expresión de él; que suplicaba por más.

Varias veces llegó a ese punto, hasta que cuando ya no pudo más, le dijo:

–El primer orgasmo que tuve con vos, me lo robaste sorpresivamente. Este que vendrá es un regalo que te hago, me entrego entera y sin reservas para que entiendas lo que podés hacerme sentir.

Y dicho esto aceleró los movimientos llegando a un orgasmo tan intenso que la sorprendió adorablemente; pues no se parecía en nada a ninguno de todos los que había vivido en sus relaciones anteriores. Por unos segundos que le parecieron horas, solo sintió amor. Fue como un torrente de amor puro derramado por todo su interior.

Al verla en ese estado total de entrega, él la sujetó firmemente por la cintura y con unos pocos movimientos de cadera eyaculó dentro de ella con la misma intensidad, temblando de placer.

Quedaron exhaustos, fusionados los dos en uno y jadeando. No querían separarse para no romper la magia del momento que los unía.

DORMIR PEGADOS.

Después de ese glorioso momento de tanta conexión física, lentamente se separaron.

Quedaron tendidos el uno frente al otro relajados y sonrientes. Mirándose, disfrutándose, descubriéndose.

Él quería grabar en su mente ese cuerpo de piel extremadamente suave, quería memorizar cada lunarcito, quería conocer la causa de las tres pequeñas cicatrices que no conocía. Sonrió al darse cuenta de que él fue parte de la cuarta cicatriz; la que tenía sobre la rodilla derecha, esa que casi no se le notaba.

Quería saber todo acerca de esa mujer, quería armar la historia previa a él.

Ella estaba tan complacida que sentía que podía morir allí, con una sonrisa pintada en su cara. Tampoco podía dejar de mirarlo, estiró la mano con gran esfuerzo y la dejó caer sobre su pecho para percibir los latidos de su corazón.

Se quedaron dormidos un par de horas, entrelazando sus piernas, tocándose inconscientemente.

Él abrió sus ojos primero, se levantó sigilosamente y se duchó. Volvió y la besó apaciblemente. Ella despertó y le rodeó el cuello con los brazos, acercándolo para sentirlo contra su cuerpo. Cuando se despegaron, él se retiró de la habitación.

Paula caminó hasta el baño envuelta en una sábana, porque tanta desnudez le dio un poco de pudor.

Mientras atravesaba el pasillo para ir a ducharse, estiró el cuello para observar adonde estaba él.

De paso, curioseó el departamento para ver que aspecto de su personalidad reflejaba. Advirtió que era minimalista, muy ordenado y pulcro. Casi como un quirófano, desprovisto de todo toque personal: no había portarretratos, ni recuerdos de viajes, ni nada de nada.

Podría vivir él o cualquier otra persona.

Eso le dio una dimensión del vacío de su vida y le dieron ganas de volver a abrazarlo fuerte. Pero siguió su camino al baño y se desnudó.

Mientras se duchaba, él entró al baño con la excusa de alcanzarle una toalla, aunque ambos sabían que era una treta, un recurso para poder estar junto a ella.

La ayudó a salir de la bañera y la envolvió con la toalla con suma suavidad.

Se colocó por detrás y la secó con delicadeza, la abrazó unos segundos y le besó la cabeza con un beso tierno, dulce, muy sentido.

Le desenredó el cabello pausadamente, sin prisa, gozando el momento y dichoso de tenerla con él.

Ella se dejaba hacer, disfrutaba de sentirse cuidada y protegida.

Después le ofreció una remera blanca y un short cortito para que se sienta como en casa.

Fueron de la mano hasta la cocina.

Él se ruborizó al tener que abrir la heladera tan vacía, pero logró rescatar tres frutas con las que improvisó una rica ensalada de frutas.

Comieron del mismo tazón y con la misma cuchara; masticaban aparatosamente y se miraban. Sonreían. Disfrutaban de la situación de sentirse tan afortunados con tan poco.

Él se cepilló los dientes con su cepillo, Paula improvisó un cepillo con los dedos mientras seguían sonriendo.

Se acostaron y durmieron toda la noche abrazados. Era tanta la necesidad que tenían de ese calor humano que hasta dormidos se daban vuelta y volvían a abrazarse.

Cambiaban los brazos que abrazaban pero no la esencia de lo que querían.

VUELTA A LA REALIDAD.

Como habitualmente sucedía, él se despertó primero, sin despertador y muy temprano.

Le costó una milésima de segundo recapitular las últimas horas y agradecer tenerla entre sus brazos.

Volvió a admirarla. Dormida le parecía un ángel. Seguramente ella tenía sus imperfecciones, pero bajo el estado de enamoramiento en el que se encontraba estaba incapacitado de percibir las.

La acarició suavemente como para que despierte sin el más mínimo sobresalto.

Cuando abrió los ojos, lo miró y sonrió con una sonrisa sincera, muy inocente. Se encogió de hombros y le dijo efusivamente:

–¡Buen día Negroooo!

A él le dio risa la expresión porque solo a ella se le habría ocurrido llamarlo así. Con la piel tan blanca que tenía, nunca antes se habían referido a él con ese apodo. Le encantó descubrir que lo suyo no era una cuestión de colores, sino una cuestión de cariño.

–Hola hermosa –respondió a la vez que le acarició la mejilla tiernamente.

–¡Ufff hoy es jueves! Y tengo un día bastante movidito. ¡Arranquemos!

Se vistieron rápido y tomaron un café con leche. Él preparó unas tostadas con un pancito que tenía en el freezer y le puso un poco de mermelada de frutos rojos que rescató del fondo de la heladera.

Brindaron con las tazas de café y rieron como dos tontitos.

Cuando estaban en el auto dirigiéndose hacia la casa de ella, los detuvo un semáforo.

En ese momento ella le sacó una foto con el celular y editó el contacto. Ahora sería Mi Negro.

Él le copió la idea y le sacó una foto con su celular. Ella lucía muy sonriente y tan radiante que cuando editó el contacto la convirtió en Mi Sol.

Llegaron a la esquina del primer abrazo y ella le señaló el contenedor verde de basura.

–Ahí tiré tus zapatos. Jejeje ¡Que por cierto daban un poco de lástima!

–Mmmmm ¡Malvada! ¡Me obligaste a parecer un ridículo durante una semana! Eran los únicos que tenía y hasta ese momento ni me había dado cuenta.

Se acercó y la apretó contra sí.

Se dieron un besito y ella se bajó del auto.

Comenzó a alejarse, pero cada dos pasos se daba vuelta para mirarlo.

Él estaba hipnotizado mirándola por el espejito retrovisor, la vio entrar al edificio y siguió estático, hasta que un taxista a los gritos lo sacó de su ensoñación.

–¡Movete pelotudo! –le gritó enfurecido.

–Si, pelotudo enamorado –pensó él.

Aceleró y se encaminó hacia su trabajo.

TODO IGUAL PERO DISTINTO.

Él no cabía en sí de su alegría.

Sus pacientitos percibían esa alegría porque con ellos no la reprimía y al despedirse lo abrazaban fuerte.

Con los padres la disimulaba un poco para no perder su buena reputación ganada con tanto trabajo.

La que disfrutaba genuinamente de verlo tan feliz era Juanita, su colaboradora fiel que lo quería como a un hijo.

Se divertía al verlo hacer pasos de baile (al mejor estilo Michael Jackson) cuando se retiraba del quirófano y creía que nadie lo veía; o cuando sonreía solo, con la mirada perdida en el horizonte cercano de las cuatro paredes del consultorio.

Paula por su parte, también encaró el día con una actitud positiva, hacía bastante tiempo que no se sentía tan alegre, tan entusiasmada. Tanto que cuando saludó al portero del edificio lo hizo con una enorme sonrisa.

Andaban los dos de sonrisa fácil, después de mucho tiempo de caras tristes.

En el trabajo, Paula dejó que las tareas fluyan, trabajando eficientemente pero sin dejarse impactar por las cosas que no le gustaban tanto.

Dibujaba corazoncitos en los informes mientras recordaba los lindos momentos compartidos.

La jornada laboral se le pasó volando y volvió apurada a reencontrarse con sus pichoncitos que volvían de la casa de su papá.

El día estaba terminando para ambos, ella había cenado, bañado y acostado a los niños; él recién terminaba de cenar solo.

Paula abrió una latita de cerveza y se sentó plácidamente en su sillón preferido a ver un poco de tele, cuando sintió otra vez el ¡clap! característico de su teléfono.

Abrió Whatsapp y vio el mensaje.

Mi Negro: –Hola hermosa ¿qué tal tu día?

Mi Sol: –Bien ¡el mejor de mis últimos mil días! ¿Vos?

Mi Negro: –Te extrañé. Pero no me puedo quejar. Sé que voy a volver a tenerte pronto.

Mi Sol: –También te extrañé, pijoito.

Mi Negro: –¿Cuándo vas a estar otra vez entre mis brazos?

Mi Sol: –Y... Vas a tener que acostumbrarte a una tenencia compartida.

Mi Negro: –¿Cómo? Jamás podría compartirte con ningún otro. Ni siquiera podría reprochártelo, pero creo que moriría de celos tirado en mi cama.

Mi Sol: –¡Pero no! ¡Tontito! La tenencia compartida es de mis hijitos con su papá. Cuando ellos estén con él, nosotros estaremos juntos.

Mi Negro: –¿Y cuándo será eso?

Mi Sol: –Dentro de cuatro días, mi Negro.

Mi Negro: –Ya empiezo a contar los segundos que me faltan para volver a ver esos ojos que son mi perdición.

Mi Sol: –¡Ay, no seas exagerado!

Mi Negro: –¿Pero puedo encontrarte como de casualidad?

Mi Sol: –Jajaja sí. ¡No seas infantil! Sin embargo, voy a disfrutar de cada uno de esos encuentros casuales. ¡Y más si te puedo tener cerca un ratito!

Mi Negro: –Bueno, hermosa mía... Que descanses y sueñes conmigo. ¡Yo mejor que no sueñe con vos porque voy a despertar sobresaltado como un púber! Jejeje.

Mi Sol: –Buenas noches lindo. Te voy a pensar hasta que me quede dormida.

Acto seguido, cerró el chat con un corazoncito rojo, se duchó, se puso un camisón, se cepilló los dientes y se acostó.

Se acurrucó como cuando era niña y abrazó una almohada, en un acto reflejo por no poder abrazarlo a él.

Él permaneció unos minutos como un bobo mirando el corazoncito rojo, extrañándola.

Puso a cargar el celular y se fue a dormir.

Una vez en la cama pensó en ella, en la historia que estaban comenzando y se sintió realmente afortunado de volver a estar acompañado.

¡ME INVENTO ALGO!

Faltaban tres días para volverla a ver y no quería molestarla, ni intimidarla, ni presionarla, ni ponerla en la situación de que le tuviera que decir que no disponía de tiempo para él.

Así que solo se dedicó a enviarle dibujitos por Whatsapp, que ella recibía con una sonrisa, pero que con el trajín de la casa, los chicos y el trabajo casi no respondía. Cuando podía le reenviaba otro dibujito, pero nada más.

Él estaba en el consultorio y entre paciente y paciente elucubraba un plan para verla.

No tenía más datos de su vida que lo compartido, el barrio donde vivía y el recuerdo de ese cuerpo perfecto.

Se le ocurrió investigar algo más por Facebook, pero como no eran amigos, el acceso estuvo restringido solo a la foto de portada.

La miró bien y se dijo:

–Que bella mujer que estás conociendo. Más vale que la merezcas y la cuides.

Cerró la netbook y se fue a tomar un café a la cafetería del sanatorio.

Tomó de la pila de diarios, el diario La Capital. Lo recorrió sin mucho interés. No le gustaba leer los diarios, porque evitaba dejarse influir negativamente por la política o la inseguridad; iba siempre directo a Escenario, el suplemento de artes y espectáculos. Como no lo encontró, decidió darle un vistazo al suplemento de sociales.

¡Y eureka! Otra vez los planetas se alineaban para él.

En la segunda página del suplemento, en el área izquierda inferior había dos fotografías tomadas en el gimnasio The Planet. Había una que le llamó particularmente la atención, en la cual estaba retratado un instructor del gimnasio en pose atlética, con los músculos todos marcados y con tres chicas a su lado.

Sonrió e irónico pensó para sus adentros:

—¡Hay gente que la pasa lindo! ¿Y el flaco este quien es? ¿Charly? ¿Y las tres que están con él quiénes son? ¿Los ángeles de Charly?

Volvió a sonreír divertido por su pequeña maldad, pero la diversión se le desdibujó de la cara cuando miró bien la fotografía y descubrió que a la izquierda del instructor estaba ella.

Si, Paula, enfundada en musculosa y calza de lycra negras, trabando su brazo izquierdo súper trabajado con una mancuerna en la mano y con su tan típica sonrisita maliciosa en la boca.

No podía creer lo que estaba viendo.

Le dio un ataque mezcla de celos y risa y pensó que el gimnasio sería el lugar ideal para planear una emboscada.

Investigó en Facebook el perfil de The Planet y revisó los horarios. Intuyó que tomaría la clase de crossfit, que finalizaba a las ocho de la noche.

A la tarde, se retiró temprano de su consultorio. Se vistió para salir a correr incluyendo sus zapatillas multicolores. Se colocó los auriculares, puso el reproductor de música de su teléfono celular a todo volumen y salió trotando por la vereda central del boulevard Oroño.

En esta ocasión, cuando llegó a la costanera, en vez de tomar la izquierda, dobló a la derecha para ir hasta la calle Presidente Roca, adonde está ubicado el gimnasio.

Cuando llegó, esperó ansioso a que pasaran los minutos y se hiciera la hora de abordarla.

Estaba sentado en un banco de madera parecido a los de la plaza, ubicado súper estratégicamente. La única salida que tenía el gimnasio daba a la veredita que estaba frente al banco.

Esperó un ratito más hasta que la vio venir conversando animadamente con una amiga.

La redescubrió hermosa. Más hermosa de lo que se la imaginaba cuando no la tenía con él.

Cuando las dos se estaban aproximando hacia donde estaba sentado, miró para otro lado para no ser reconocido.

Aguardó inmóvil a que ella haya terminado de pasar por delante de él, cuando bruscamente (casi como un resorte) se paró y la tomó de la mano.

Le dio un tironcito que la hizo girar y caer justo donde lo había planeado: en sus brazos.

Ella se asustó y se resistió hasta que se dio cuenta de la situación. Instantáneamente se entregó a lo que le propusiera.

La besó con tanta pasión que la desestabilizó un poco. No le dio tiempo a nada, la estrechó contra sí para hacerle sentir la erección que tenía, para que se entere de cuanto la deseaba.

Y recién después le susurró suavemente al oído:

–Faltan tres días para volver a tenerte. No podía esperar sin siquiera robarte un beso.

A continuación huyó corriendo, como ya era su costumbre.

Ella se rio y lo miró sorprendida, le pareció que se comportaba como un tonto, pero igual le gustaba sentirse deseada. A decir verdad, sintió que se quedó con ganas de un poco más de él.

Toda la secuencia fue tan rápida que su amiga se había adelantado y ni se percató de la situación. Cuando se dio cuenta de que estaba hablando sola, giró para ver porqué Paula no venía.

Con curiosidad la vio paradita riendo sin nadie a su alrededor y le preguntó que le pasaba.

–Nada –dijo ella y pensó –Creo que me estoy enamorando.

EL DÍA ESPERADO.

Los minutos transcurrieron lentos pero ambos estuvieron completamente abocados a sus obligaciones.

Esa tarde los niños se iban con su papá, así que podrían encontrarse nuevamente.

Los días previos hablaron por teléfono pero ella solo logró sacarle monosílabos.

Paula se sintió extrañada, ya que él era el más entusiasmado y demostrativo de los dos. Desde el día en que se habían conocido, él había sido quien había puesto todo su empeño por acercarse a ella.

Como buen exponente femenino que era, esa falta de interés comenzó a molestarle.

Si bien muchas veces creía que él seguía comportándose como un tonto, en el fondo le gustaban esas acciones que denotaban que él la extrañaba cuando no estaban juntos. Dichos actos infantiles de cariño la hacían sentir que era importante para él.

Esa tarde lo llamó con la esperanza de que se vieran o cenaran juntos, pero él no se dio por aludido del día que era.

Se sintió un poco dolida por el desinterés, pero siguió su vida normalmente.

Fue al gimnasio, volvió, se dio un baño de inmersión, cenó sola y se acostó.

Volvió a abrazar su almohada e intentó dormir.

No lograba conciliar el sueño.

Una angustia enorme le invadió el pecho. Pero ella, que era tan orgullosa, no podía admitir sentir ese malestar. Intentó convencerse de que sería mejor que se desencantara en esta etapa de la relación, que si seguía apostando a algo que no era genuino, luego sería peor.

Estaba súper hormonal y por su sensibilidad a flor de piel finalmente la

venció la desilusión. Lágrimas silenciosas imposibles de contener, comenzaron a rodar por sus mejillas.

No podía creer estar sintiéndose así por una relación que recién se iniciaba. Ella que era una maestra en el arte del auto control, no podía permitirse ponerse así.

Dio muchas vueltas en la cama hasta que logró conciliar el sueño.

Un par de horas después, la sobresaltó el teléfono. Atendió rápidamente; siempre atendía a cualquier hora porque pensaba en sus hijos.

Escuchó una voz apagada que le dijo:

–Hola amor.

Cuando escuchó su voz, como nunca antes en su vida, se descontroló y rompió en un llanto imparable.

Él, del otro lado del teléfono, dándose cuenta de su error y del malestar que le había causado, no sabía cómo manejar la situación. No encontraba excusas para sacarla de ese estado de angustia.

–Amor, no llores. Lamento profundamente haberte fallado, hoy era nuestro día. Estuve en una urgencia que duró desde dos horas después que te vi. Recién ahora pude volver a mi casa.

–No importa. –Dijo ella.

Pero él siguió insistiendo:

–¿Puedo pasar a buscarte? Necesito tenerte conmigo esta noche.

Tratando de disimular las palabras que se le entrecortaban por los sollozos silenciosos, ella articuló un sí casi imperceptible.

Se vistió nuevamente, y con un pesar que le se reflejaba en sus movimientos pausados; bajó a esperarlo.

DEBILIDADES DE NIÑA.

Paula no podía permitirse de ninguna manera que él la viera así.

Cuando subió al auto, puso el piloto automático y entró en su personaje de mujer dura y superada.

Él le preguntó si estaba mejor, pero ella se hizo la desinteresada y restó importancia al llanto. Estaba tensa y distante, parecía más enojada que dolida; cuando en realidad el dolor de la desilusión le había pegado fuerte.

Le dio un poco de lástima ver la cara de él, desfigurada por el cansancio, pero no dijo nada.

Llegaron a su departamento y él la abrazó intentando apaciguarla con una caricia tierna, pero ella se separó bruscamente.

Él sabía que iba a ser un hueso duro de roer sacarla de ese estado belicoso, conocía demasiado bien como podía llegar a ser una mujer enojada.

Con mucho decoro, ignoró las señales de guerra que ella evidenciaba con su expresión corporal y la examinó minuciosamente. Entendió lo dolida que estaba más allá del enojo que mostraba superficialmente. Dedujo que él también comenzaba a ser importante para ella; más allá de su incapacidad de demostrarlo y eso lo llenó de compasión.

La sentó en su regazo y le habló amorosamente, le contó de la urgencia que había tenido que atender; dos hermanitas víctimas de un accidente de tránsito. Ambas entraron al quirófano en estado crítico. Afortunadamente ambas habían superado las cuarenta y ocho horas vitales siguientes y por eso él pudo volver a su casa y a su vida.

Escuchar esto y el modo en el que él le hablaba, la hicieron recapacitar en su postura infantil.

Se sintió tan culpable que creyó estar obligada a dar una explicación. Se aflojó un poco y entre suspiros y sollozos que otra vez no podía controlar confesó:

—Perdón... Sé que a veces me enojo desproporcionalmente y estoy a la defensiva. Puedo llegar a decir cosas muy hirientes que no siento

verdaderamente y de las que después me arrepiento. Oculto mis sentimientos y los demás no saben cómo actuar conmigo; pero es algo que arrastro desde la niñez. Mis padres eran muy rigurosos a la hora de educarme. Creo que más que educada fui domada.

Reconozco que era una fierecilla rebelde, pero no era más que una niña; y mi padre era quién tenía la última palabra.

Cuando hacía berrinches me obligaba a dejar de llorar. Abruptamente tenía que tragarme mis lágrimas porque él así lo decretaba. No conforme con ello, cuando recuperaba la calma debía sonreír como una nena dócil. Todavía conservo en mi cuerpo vestigios de esa ira reprimida en mi más tierna infancia, que aún saltan a la luz cuando me veo amenazada.

En situaciones que me superan, bloqueo y reprimo mis sentimientos de amor más viscerales canalizándolos como enojo y maldad, soy consciente de ello, pero esto es lo que soy.

Mi segunda debilidad es el abandono, un sentimiento que no puedo digerir. Me ha hecho tanto daño y tantas veces que no podría tolerar volver a pasar por eso.

Por favor, voy a suplicarte que me tengas paciencia y me dejes fluir en esos momentos, lo último que querría es dañar tus sentimientos.

Si podés ser capaz de aceptarme en mi peor faceta, te juro que intentaré con todas mis fuerzas darte lo mejor de mí en mis momentos de paz.

Él no dejaba de mirarla con los ojos grandes, cansados y tristes a la vez. Se limitó a abrazarla y a aceptar con amor que le perdonaría cualquier arrebató infantil por el resto de su vida, pero esta vez fue él quien no dijo nada.

CERCANÍA.

Para distender la situación, la invitó a tomar un helado. Ella accedió de buena gana, le encantaban los helados.

Bajaron en silencio y caminaron a la par hasta la heladería.

Ella se dedicó a mirarlo, a estudiarlo, a tratar de descifrar lo que decía su cuerpo sin que medie la palabra. Miró sus manos, su pelo, sus facciones recias y esos ojos que se veían de nuevo tristes como la luna.

Por sus movimientos lentos dedujo que estaba cansado, agobiado.

Se recriminó en silencio por haberse desbordado, por haber montado semejante escena.

Se había propuesto mil veces enamorarse para compartir solo buenos momentos y sentía que lo estaba arruinando todo.

Le sonrió con una sonrisa tímida y le hizo una caída de ojitos; él respondió guiñando un ojo y le apretó la mano.

Tomaron el helado en silencio, disfrutando de estar acompañándose.

Observándola tan hermosa y comenzando a conocer sus sentimientos más íntimos, descubrió que la quería tener cerca siempre, no importaba si ella estaba dócil o encabronada. Sí... él concluyó que quería de ella todos sus estados.

Volvieron al departamento y se prepararon para ir a la cama.

Él le había comprado un cepillo de dientes que le dejó en el baño con una notita que decía:

“BIENVENIDA A MI VIDA”.

Este detalle la conmovió profundamente y le dio la verdadera dimensión de quién era ese hombre. Dentro de todas las contingencias que había tenido en esos días, se había hecho un momento para demostrarle lo importante que era para él. Ese cepillo de dientes, significó para Paula, más que un anillo de diamantes.

AMOR SIN SEXO.

Fueron a la cama casi arrastrando los pies, ambos estaban extenuados. Se dejaron caer como cayeron.

Se pusieron de lado, para mirarse cara a cara.

La habitación estaba a media luz, gracias a una luna llena que bañaba el ambiente y los iluminaba tenuemente.

Se podían ver el perfil desdibujado entre luces y sombras.

No hablaron, no se acercaron. Suavemente entrelazaron sus manos y así se durmieron.

Palparon toda la noche una intimidad que iba más allá de lo sexual, más allá de los códigos histéricos de un levante, más allá de toda pose para impresionar.

Juntaron, unieron y equilibraron sus energías en eso que parecía ser un simple contacto de manos.

AMOR CON DESAYUNO.

Como de costumbre, él amaneció primero. ¡Si, otra vez sin despertador y gracias a su reloj biológico que estaba muy bien calibrado!

Se levantó sigilosamente para no despertarla, se vistió y salió a comprar algo de comida.

Su heladera seguía dando lástima, con un medio limón enmohecido que estaba más solo que Kung-fu.

Estaba de tan buen talante que iba tocando la batería en el aire y cantando *Under Pressure* en su pseudo inglés tan aparatoso e indescifrable como siempre, pero que él entonaba entusiasmado como si estuviera dando un concierto multitudinario.

Fue hasta el súper La Gallega y compró algunas cositas para servirle un rico desayuno.

Cuando pasó por el puesto de flores tomó un ramo de claveles rojos. La florista del puesto adivinó que desconocía completamente el gusto femenino y que serían para su enamorada, así que le sugirió que mejor lo cambie por un ramito de fresias amarillas.

–¡Ay, es que los claveles son horribles! –Le dijo la chica sonriendo.

Se encogió de hombros y aceptó de buen modo el consejo, tomando el ramo que le ofrecía. Olió las flores y descubrió que además el perfume era mucho más agradable.

Volvió rápido y entró sin hacer ruido para no perturbarla.

Paula seguía durmiendo placidamente atravesada en la cama y boca abajo. Él se dedicó, como siempre lo hacía, a observarla unos minutos en silencio. Aún no lograba encontrarle ningún defecto, toda ella le parecía perfecta.

Se dirigió a la cocina, preparó café y tostadas con manteca y dulce de leche.

Improvisó una bandeja de cama con una tabla de madera gigante que tenía para servir asado.

Además del café y las tostadas colocó sobre la tabla una florcita que sacó del ramito.

Se dirigió hacia el dormitorio y la despertó con cosquillitas en la cabeza y la espalda.

Ella despertó sonriente.

–¡Buen día, Negro! Mmmm que buen desayuno. ¿Todo esto es para nosotros dos solos? –Preguntó animada mirando las tacitas y la enorme cantidad de tostadas.

Él se sentó a su lado y compartieron el desayuno mientras miraban por la ventana las nubes negras de la tormenta que se veía venir a lo lejos.

Terminaron de comer hasta la última miguita y Paula fue a darse una ducha, acto vital de su rutina para despertarse.

DUCHA CON SEXO.

Mientras se duchaba, otra vez él buscó una excusa para entrar al baño. Solo que ésta vez la excusa era disfrutarla.

Se desvistió rápido como un niño y a pesar de su pulcritud se permitió dejar la ropa tirada por todo el camino.

Abrió la cortina de baño rápidamente y la abrazó desde atrás.

Ella se acomodó contra su cuerpo bajando levemente la cabeza, apartándose el cabello y descubriendo un poco su cuello para él, que ansioso besó con pasión.

El agua les corría por el cuerpo creando una superficie de contacto total.

Se sintieron cálidos y húmedos.

Él deslizó sus manos desde la cintura, donde la tenía abrazada hasta su sexo.

Parado desde atrás, la acariciaba suavemente, haciendo círculos suaves contra su monte de venus, regulando la velocidad y la intensidad de un modo tal que ella sintió que iba a perder el control.

En sus muslos podía sentir la fuerte erección que señor pene estaba acusando y le dieron ganas de encontrarlo cara a cara nuevamente.

Se dio vuelta y se arrodilló para estar a la altura de sus deseos y de las circunstancias.

De un bocado lo hizo desaparecer de su vista, pero comenzó a disfrutarlo con otros sentidos. Lo lamió con suavidad primero, luego lo chupó variando la intensidad y el ritmo. Lo acarició con las manos desde la base hasta el glande. Jugueteeó con la cabeza entre sus dientes y lo chupó nuevamente con los labios dándole suaves besitos.

Hacía pequeñas pausas para mirarlo a los ojos mientras sabía lo mucho que él estaba disfrutando; no quería perderse esos ojazos que le decían tantas cosas sin hablar.

Él suplicó que pare porque estaba a punto de explotar de deseo, pero ella

siguió sin piedad hasta que le provocó un orgasmo que lo hizo sacudirse, temblar y tambalearse de placer, sujetándose de las paredes de la ducha para no caer.

Ella sonrió complacida. Enseguida se incorporó y con el agua que le corría por todo el cuerpo, comenzó a masturbarse salvajemente, gimiendo y jadeando bajo su atenta mirada.

Él, completamente deslumbrado e imposibilitado de esperar a que termine, la cargó en sus brazos y la llevó hasta su cama, donde la penetró violentamente.

Ella llegó a un orgasmo tan poderoso que vibró en todo su cuerpo, sacudiéndola de placer.

Quedaron tendidos mucho tiempo, serenándose, recuperando el aliento y con una sensación de satisfacción plena que los envolvía.

TORMENTA CON AMOR.

Una vez que se serenaron, se recompusieron y pudieron razonar nuevamente después de semejante cruce sexual; descubrieron que era viernes. Eran las once de la mañana y ella ya debía estar en el trabajo.

En otra situación se hubiese apresurado por cumplir, pero esa mañana se sentía tan completa que no le importó nada de nada. Llamó al trabajo y por primera vez en años, mintió.

Dijo que se sentía mal y que presentía que se que estaba enfermando.

Era una mentirita piadosa para convertir ese viernes en sábado. Y en el fondo, se sentía absuelta de culpa y cargo porque sentía que era una mentira con algo de verdad: sabía concienzudamente que se estaba enfermando de amor por ese hombre.

Juntos decidieron que sí, que el viernes se convertiría en sábado solo para ellos dos.

La ciudad seguía su ritmo de viernes alocado, con ruido de automovilistas inquietos tocando bocina como histéricos; pero en ese pequeño departamento reinaba la calma.

De repente se sobresaltaron por un estruendo que retumbó violento.

Un rayo caía estrepitosamente y anunciaba la cercanía de la tormenta de verano que habían visto venir de lejos.

Ella se puso feliz; le encantaban las tormentas y esta sería más especial aún. Sería la primera que compartiría con él.

Miraron por la ventana las primeras gotas que empezaban a caer, la gente corría cubriéndose la cabeza con lo que tenía a mano o se parapetaba bajo el toldo del restaurante de la vereda de enfrente.

Solo un niño de unos siete años parecía estar disfrutando de la lluvia. Iba de la mano de su abuela que lo tironeaba insistentemente para que no se moje, pero él se empecinaba en bailar bajo las gotas que caían y en hacer estallar los charcos de la vereda con los pies, salpicando agua para todos lados.

Verlo les dio ganas de eso, de ser libres bajo la lluvia.

Paula lo invitó cabeceando y él accedió despreocupado.

Salieron a la calle y tomados de la mano pasearon por la vereda central del boulevard, caminando apacibles, mientras la cálida lluvia de verano los bañaba.

En el caos de la calle pasaban desapercibidos y el caos pasaba desapercibido para ellos.

Parecían invisibles, disfrutando de las gotas que caían sobre sus cuerpos, abrazándose, besándose, tocándose tiernamente cada unos pocos pasitos que daban.

Cuando empezaron a sentir escalofríos decidieron que era el momento de volver.

De regreso, él entró en la rotisería de la esquina y compró comida para el almuerzo.

Ella se escapó y fue a comprar chocolates y algunas cositas para darle una sorpresa.

Se encontraron en la puerta del edificio y subieron contentos. Él rozaba con su brazo sus pezones turgentes, haciéndose el disimulado y ella se dejaba complacida. Le encantaba cuando él se comportaba como un pendejo calentón.

Y SÍ, AL FINAL... ¡SEXO CON AMOR!

Se dieron una ducha rápida y calentita; se vistieron de entrecasa y almorzaron distendidos, escuchando un disco compacto con temas lentos de los noventa.

Durmieron la siesta haciendo cucharita con la lluvia como música de fondo.

Ella se despertó primero y salió de la cama sigilosamente.

Comenzó a preparar la sorpresa que tenía para él.

Fue al living y corrió un poco la mesa del comedor para hacer más lugar. Puso una manta en el piso y encima una toallón blanco. Prendió velitas y un sahumero de limón; ya que a Paula siempre le gustaron los olores frutales. Dejó la habitación a media luz.

Cuando ya tuvo todo listo lo fue despertar. Lo hizo tocándole el cabello tiernamente. Le encantaba ese pelito medio crespo que tenía. Rebelde, arremolinado y con esas canas incipientes que le daban un toque de seriedad.

Ella también empezaba a mirarlo con los ojos del amor, cada partecita de él empezaba a gustarle mucho, mucho. ¡A excepción del señor pene, con quien sintió un amor fulminante a primera vista!

Él despertó sonriente por tenerla esa tarde lluviosa, que sin ella hubiese sido muy triste.

La atrajo y le besó el cuello; la retuvo de las muñecas, la giró y jugando se le tiró encima para aplastarla un poco. Ella se zafó los brazos, le abrazó el cuello y con las piernas le hizo una llave a la cintura. Él intentó liberarse haciéndole cosquillas.

Rodaron sobre la cama, rieron, forcejearon y jugaron como dos gatitos hasta que quedaron agotados.

Entonces Paula mirándolo a los ojos murmuró:

–Tengo un regalo para hacerte, pero necesito que te entregues a mis manos. ¿Será posible que te relajes para mí?

Él accedió con una sonrisa luminosa y con un leve gesto de cabeza.

Le tomó la mano y lo guió hasta el living. La lluvia seguía como música de fondo.

Ella puso manos a la obra literalmente.

Lo desnudó sacándole suavemente su remera roja y su bóxer azul con tréboles verdes. Sin mediar una palabra; con gestos con su dedito índice, le indicó que se recueste en el rinconcito que había preparado y le vendó los ojos con un pañuelo.

Se frotó las manos y las humedeció con unas gotitas de aceite de almendras.

Empezó a acariciarlo desde la cabeza. Él se puso muy tenso.

Ella percibió esa incomodidad, esa falta de costumbre a las caricias y agradeció en silencio tener la bendición de las manitos de sus hijos que vivían para abrazarla, mimarla y tocarla todo el tiempo.

Pero en ese cuerpo tan masculino y tenso, palpaba el desamor y la soledad.

Siguió por el cuello, los hombros, los brazos. Iba haciéndole caricias primero, siguió con toques un poco más intensos después, casi como un masaje.

Él se dejó llevar y comenzó a relajarse un poco. Siguió bajando por el pecho y el abdomen, pero cuando estaba llegando a la zona genital se frenó.

Él estaba expectante, con la vista anulada, no le quedó otra opción que prestar atención a lo que le decía su piel.

Ella disfrutaba mucho de ese contacto, de ponerle las manos encima y verlo sonreír.

Volvió a empezar, pero esta vez desde los pies. Masajeó suavemente sus dedos, sus empeines, sus tobillos. Continuó por sus pantorrillas y rodillas. Cuando llegó a la zona de los muslos, señor pene hizo su gloriosa salida a escena nuevamente.

A ella le causó risa que su reacción fuera tan espontánea y a la vez tan predecible. Justo en ese momento, él, que estaba a punto de estallar de deseo, decidió que era su momento de actuar.

Se arrancó la venda de los ojos y la vio muy hermosa, casi más de lo que

se la había dibujado en su mente mientras esas manos suaves lo acariciaban.

La miró a los ojos, esos ojos que lo llenaban de amor por el color del cielo que tenían y por la expresión inocente que leía en ellos.

Le besó los párpados, le acarició el cabello y luego le susurró casi imperceptiblemente:

–¿Que pretendés de mí Paula? ¿Te das cuenta de que me estoy enamorando locamente?

¿Te das cuenta de que no creo poder volver a vivir sin vos?

¿Te das cuenta de que a partir de ahora cada centímetro de mi piel va a añorar tus manos?

¿Te das cuenta de que podría morir haciéndote el amor?

Y sin decir más palabras, le fue quitando la ropa, prenda a prenda, suave, muy suavemente.

La besó toda, con besitos ligeros y otros más apasionados. La acarició toda también y cuando sintió que estaba lista, le hizo el amor muy pausadamente, mirándola a los ojos, disfrutándola.

Era como un viaje sin destino, donde para ambos lo sublime era estar unidos más allá del mundo, más allá de todo.

Se giraron y ella quedó arriba, ahora era ella la que se deleitaba moviéndose suavemente para él.

El placer no se hizo esperar y los inundó una sensación de unión, de sentirse acompañados.

Se abrazaron y se fundieron en un beso muy tierno, también sin final.

Él pronunció por primera vez *te amo* y ella sintió que podía morir de amor en sus brazos.

INTUICIÓN FEMENINA.

Estuvieron felices y encerrados los dos días siguientes. La tormenta conspiró a favor y fue la excusa perfecta para no salir.

Vieron películas, cocinaron juntos, comieron, se tocaron, rieron e hicieron el amor muchas veces.

A medida que crecía la intimidad, se iban disolviendo los personajes. Cada vez eran más ellos mismos en su esencia, con sus virtudes y sus defectos.

Ninguno de los dos se atrevió a preguntar ni a hablar de sus relaciones anteriores porque intuían que eran historias difíciles y dolorosas.

No querían romper la magia que habían logrado, trayendo fantasmas del pasado.

Cuando se acercó la hora de volver a su casa, Paula habló:

–Todavía no me fui y ya te estoy extrañando.

Lo abrazó fuerte y riendo continuó:

–¡Ahhh! Y ojito con lo que vas a hacer con mi amigo, el señor, porque ya es de mi propiedad. Así que si vas a tocarlo que sea solo pensando en mí. Yo por mi parte prometo no pensar en otra cosa que no sea en nuestro próximo encuentro y en las mil maneras de darte placer que se me ocurran.

A él, lo de tocarse le dio risa porque internamente consintió que iba a ser así, tal cual como ella lo había descrito. Divertido se imaginó salpicando hasta el cielo pensando en ella, pero no dijo nada para no delatarse.

Paula miró el reloj, se vistió y comenzó a recoger sus pocas pertenencias.

Él fue a su dormitorio a vestirse para llevarla.

En ese momento, ella se dejó llevar por su curiosidad y tomó al azar un libro de su biblioteca médica. Lo eligió con tanta mala suerte que cuando lo ojeó, en la mitad de sus páginas descubrió una foto rasgada en varios trozos y reconstruida con cinta scotch. Se puso muy nerviosa y no podía decidir que hacer primero, si mirar la imagen o leer la nota en el reverso.

La fotografía estaba tomada en una playa paradisíaca. Él estaba posando

en pose de físico culturista, haciendo como si tuviera mucha fuerza en los brazos y riendo, con una expresión muy graciosa. Se notaba que estaba jugando. Tenía algunos quilos de más, pero estaba perfectamente bronceado para su blancura. Frente a él, había una mujer morocha increíblemente hermosa que también sonreía con él.

Se le heló la sangre y rápidamente la dio vuelta para ver que decía la nota del reverso.

“Recuerdo de tiempos felices, mi amor.

Perdón.

Aún te amo...

Julia”.

Abajo tenía la fecha. Era de hacía ocho meses.

La guardó en un santiamén, cerró el libro y lo dejó donde estaba. Trató de recomponerse para que él no se diera cuenta de lo que vio.

Sonrió por fuera, cuando por dentro quería llorar a los gritos. Se sintió celosa y amenazada. No quería que nada del mundo se interponga entre ellos; pero su intuición femenina le decía que tenga cuidado.

Antes de irse miró el departamento queriendo memorizar cada rinconcito del lugar donde había sido tan feliz en tan solo tres días.

Bajaron en silencio y con expresión de tristeza.

Para estirar el viaje de vuelta, él estacionó el auto tres cuadras antes y la acompañó hasta el edificio caminando. La llevaba de la mano, acariciándosela suavemente.

Antes de entrar, se dieron un último abrazo y un beso tan largo que parecía no terminar nunca.

Entró sin mirar atrás y él se fue caminando cabizbajo.

Media hora después llegaron sus hijos con el papá. Entraron corriendo, riendo y haciendo ruido mientras ellos se ponían de acuerdo acerca de quien los llevaría a un partido de fútbol que tenían el martes.

Su ex la vio distinta y no podía dejar de examinarla con cariño y nostalgia; se quedó errático observándola con el pensamiento perdido, mientras ella reía y abrazaba a sus niños.

La conocía demasiado bien y sabía que algo bueno le estaba pasando. No

quiso preguntar nada pero concluyó con mucho pesar –definitivamente la perdí para siempre.

DE LOOSER TOTAL A WINNER EN TRES DÍAS.

Él estaba feliz y como era muy transparente se le notaba. Se le notaba en la mirada, en las canciones que tarareaba, en los pasos de break dance del estilo de los ochenta que daba en cualquier lado como si estuviera solo. Comenzó a recuperar su personalidad, la que había estado oculta por tanto tiempo con tanto dolor reprimido.

Al fin volvía a ser ese tipo sencillo pero divertido; franco y amoroso con todas las personas con las que interactuaba.

Durante esos años en el trabajo pareció ser invisible para el staff femenino; pero a partir de ese cambio de actitud, lo empezaron a notar.

¡Y cómo lo empezaron a notar! Las enfermeras, secretarias y médicas solteras del sanatorio comenzaron a fantasear con él.

De la nada, se convirtió en el objeto preciado de conquista de todas las mujeres con las que se cruzaba y querían guerra.

Esto le resultó divertido. Increíble por tal situación, se decía a sí mismo que se había convertido en un sex-símbol. Le daba risa y curiosidad saber porqué estaba pasando eso, cuando en realidad era muy consciente de que hasta hacía unos días atrás, ninguna mujer siquiera lo miraba

–Ahhhh, es el amor que se me nota –pensó.

–Pero todo ese amor ya tiene nueva dueña; lo lamento por ustedes niñas. ¡Se la perdieron!

Se reía solo y esquivaba las indirectas que recibía.

Tal como había prometido, solo pensaba en ella.

MIL MANERAS DE DAR PLACER.

Paula volvió a sus actividades rutinarias con otra actitud. Estaba feliz y sus hijos lo percibían. La abrazaban mucho y le preguntaban:

–Mamá, ¿porque estás tan linda?

Ella respondía divertida:

–Porque estoy feliz, hijito.

Iba por la vida sonriendo como una boba, pensando en él y en todas las cosas que podrían hacer juntos.

Se le ocurrió una idea bastante loca, pero para animarse necesitaría socias.

Así que tomó el teléfono y whatsappeó a las SIN FILTRO:

Pau: –Necesito compañía para una misión especial.

Esperó unos segundos y llegó la primera respuesta.

Dani V: –¿De qué se trata la misión?

Pau: –Sale una visita a un sex-shop pero no me animo a ir sola. ¿Alguna se prende?

Vero: –¡¡¡Ahhh bueno!!! ¿Pero porqué con tanta urgencia?

Meli: –¿¿¿Hay algo de lo que no nos enteramos???

Pau: –¡No! Precisamente porque estoy sola tengo que ir...–Sonrió para sus adentros y mintió descaradamente, para no contar nada... como era su costumbre.

Marian: –¡Ay! No puedooooo, me voy de viaje.

Vicky: –Ajjjj ¡no! ¡¡¡Asquerosa!!! Ni loca... ¡Paso!

Dani S: –¡Ahhh! Yo sí quiero ¿¿cuándo vamos??

Ceci: –Chicas ¡Que locas! Yo no voy... ¡Me da vergüenza!

Pau: –El jueves a las siete de la tarde dejamos a los nenes en rugby y vamos. La que se quiera sumar que venga, nos encontramos en UNI.

El día llegó y se juntaron en el Club Universitario. Eran tres, más que

suficiente para semejante aventura.

Salieron las tres caminando rapidito y cotorreando contentas.

Estaban ansiosas por entrar al sex-shop pero a la vez les daba vergüenza.

Se reían como tres tontas en la puerta hasta que entraron.

Dentro del local no podían creer la cantidad de cosas raras y no tan raras que había.

La empleada (una mujer más grande que las tres y muy superada) estaba pasando la aspiradora por una alfombra y les vio cara de primera vez por esos lugares; así que tranquilamente les dijo:

–Miren y si tienen alguna duda, pregunten.

Las dejó pasear por todo el local chismoseando que comprar.

Al principio estaban tímidas y se hacían las virgas. Si las observaba alguien que no las conocía, hubiera pensado que nunca habían visto ni siquiera un pene real en sus vidas.

La empleada dejó la aspiradora y se les acercó.

Empezó a sacar todos los implementos de a uno, explicando en qué parte del cuerpo y como se usaban. Se los daba para que los toquen y se familiarizaran con dichos aparatitos.

Muy habilmente, les hizo romper el velo del prejuicio y la timidez y las tres se empezaron a divertir...

A la media hora estaban las tres completamente desinhibidas; agarraban las cosas y las tocaban, se las pasaban por todo el cuerpo. Reían, imaginaban las caras de sus amantes con semejantes aparatitos.

Tocaban los vibradores, olían geles, probaban sabores, se pegaban latigazos en los glúteos, acunaban un pene negro de goma del tamaño de un sifón como si fuera un bebé; pero por sobre todas las cosas reían cómplices.

Paula volvió a agradecer tener esas amigas tan yeguas, compañeras y divertidas.

Al momento de cerrar la compra una eligió un vibrador multifunción que servía para todas las cavidades de la anatomía humana. Era tan multifunción, que si pudiera cambiar una lamparita miles de maridos se quedarían en la calle.

La otra eligió un aparatito muy fashion, bien a su estilo, color negro con

estraces multicolores que servía para estimular el punto G.

Paula eligió un arito con forma de delfín para colocar en el adorado señor pene, con un potente vibrador.

Habían pagado la compra y ya se estaban retirando del local, pero cuando estaba a punto de cerrar la puerta de salida, Paula se volvió y tomó de la estantería un látigo de cuero negro. Es que había leído la saga de *Cincuenta Sombras* y le había quedado picando el tema. Decidió divertida, que se convertiría en Paula Grey.

Miraron el reloj y les quedaban cinco minutos para ir a buscar a los chicos, así que raudamente bajaron por la calle Maipú en dirección al río, riendo y fantaseando cuanto se iban a divertir con los objetos comprados.

Se miraban y decían chisssss, acompañando el sonido con un movimiento de muñeca, quebrando la mano y apuntando al cielo; como con un aire de domador de fieras. Se retorcían de la risa, igual que cuando estaban en la adolescencia y reían por nada.

Cuando buscaron a sus hijos no podían parar de reír a carcajadas y tampoco podían explicar de qué se reían...

PROBLEMAS.

El día anterior al próximo encuentro, Paula estaba en su oficina trabajando cuando sonó su teléfono celular. Chequeó el número antes de atender, era Mi Negro.

Le llamó la atención ese llamado y a esa hora porque nunca se comunicaban telefónicamente en horario laboral.

Él seguía enviándole dibujitos coloridos por Whatsapp, pero nada más; ya que era muy respetuoso de sus actividades profesionales.

Contestó y escuchó una voz grave que le decía:

–Hola Paula. Necesito verte hoy. ¿Podríamos vernos aunque sea cinco minutos?

Ella contestó ansiosamente:

–Hola amor. ¿Estás bien? ¿Pasó algo? Sí, claro que podemos vernos. Te espero a las siete en punto en La Muestra. ¿Te parece?

–Sí, me parece bien. Gracias. Te amo.

–Beso, mi Negrito.

Cortó y se preocupó por el tono de la voz. Él era siempre el más alegre de los dos y escucharlo tan apagado la puso en alerta.

Las horas no pasaban y ella tenía un nudo en el estómago a causa de los nervios.

–Ya me parecía que era todo muy perfecto para ser real –se dijo.

A las siete, dejó a los chicos con Sonia, su niñera incondicional y corrió desesperada hasta el bar.

Él la esperaba en la misma mesa del primer café que compartieron.

Estaba más pálido que de costumbre, con el ceño fruncido y los ojos apagados.

La miró de todos modos con ese amor que se le notaba.

Ella le tiró los brazos al cuello y lo besó suavemente, con los ojos cerrados.

Se sentó, lo miró con ternura y le preguntó:

–¿Qué pasa mi Negro?

Él contestó haciendo una pausa entre cada sentencia:

–Pasa que me importás demasiado.

Pasa que no quiero mentirte, no quiero ocultarte nada.

Pasa que volvió a mi vida alguien del pasado.

Y pasa que no sé como manejarlo.

Ella trató de serenarlo y a pesar de internamente entrar en pánico, pacientemente le respondió:

–No te angusties. Veremos como podemos hacer para preservar lo nuestro. Yo estoy con vos para acompañarte.

–Reapareció Julia, mi ex mujer. Ya hacía un tiempo que venía intentando comunicarse conmigo y sistemáticamente me negué a contestarle los llamados y las notas que me hacía llegar. Pero esta vez llegó más lejos y se presentó en el sanatorio. Para que no haga un escándalo delante de mis pacientitos y sus padres tuve que acceder a que hablemos.

–¿Vas a verla?

–Si, después de más de dos años sin verla, accedí a encontrarla. Es una mujer brava, así que pensé que lo mejor que podía hacer era proponerle cenar en algún lugar que esté lleno de gente para que tenga que moderar sus reacciones.

–Ah... Entonces vas a estar con ella.

–Si. Cenamos mañana en la parrilla que está en la esquina de Italia y Wheelwright, esa que está siempre muy concurrida. Veré con qué me sale.

Paula sintió que podía explotar del miedo y de los celos que le quemaban por dentro, pero actuó comprensivamente:

–Bueno, si crees que eso es lo mejor, tendré que aceptar tu decisión. Lo único que te pido es que pienses en mí y en esto que comenzamos.

–Si, mi vida. Intentaré por todos los medios preservar lo nuestro.

Él pagó la cuenta y fueron hasta la puerta. Se abrazaron. Para ella fue muy importante ese abrazo. Le estaba entrando terror de perderlo a la vez que casi no podía contener el llanto.

Logró mantener la calma y ocultarle su desasosiego, pero no pudo dejar

de pensar en la hermosa mujer de la foto.

TESTIGO INVISIBLE.

La noche anterior al encuentro, ninguno de los dos pudo dormir bien. Él sabía que Julia era una mujer de temer.

Ella recordó lo bella e interesante que se veía en la foto y le dio dolor de estómago de los celos.

Se moría de ansiedad por presenciar ese reencuentro. Quería comprobar con sus propios ojos si quedaba algo de amor por ella, en él.

Pensó, pensó y pensó cómo podía hacer para estar ahí sin ser percibida.

Mientras se devanaba los sesos pensando como salir sola este temporal de angustia que la invadía, repasó la imagen de una mujer con su rostro cubierto por un velo, que había observado tomando un helado en la plaza el día anterior.

–“La necesidad tiene cara de hereje” pero yo, ya tengo un plan– pensó.

Recordó que Lucía, la hermana de Dani, era una reconocida vestuarista de cine y se le ocurrió que podría pedirle ayuda.

La llamó para darle forma a su idea y charlaron hasta ultimar el menor de los detalles.

Después volvió a comunicarse telefónicamente; pero esta vez llamó a Vicky –su leal amiga– para rogarle que la acompañe en una aventura esa noche.

Cortó la comunicación y calmó un poco su ansiedad saber que ya tenía en marcha su estrategia.

Rosario, por esos días, fue sede de largada de la competencia de Rally Dákar. Por la calle se veía gente de todas las razas y todas las religiones sin llamar demasiado la atención. Todos pasaban desapercibidos en la ciudad que estaba de fiesta.

Resolvió que ella y Vicky serían dos mujeres islámicas cenando en el mismo restaurante que ellos.

Googleó nombres usuales de mujeres afganas y eligió dos para hacer la

reserva.

Bahar y Farsana cenarían esa noche a unas mesas de distancia de él y de esa mujer que le robó la paz.

Llegaron al Viejo Balcón a las nueve en punto. Por suerte iban con sus rostros completamente cubiertos por el burka, así que estaban irreconocibles.

Paula reía nerviosa, porque si bien era muy bizarra la situación; sabía que podía llevarse la desilusión de su vida.

Vicky, mucho más cabeza fresca, solo reía y reía temblando con todo el cuerpo, pero sin hacer ruido.

Vicky era incondicional, ni había preguntado porqué hacían esto. Solo acompañaba a su amiga en su locura.

Se sentaron y sin decir una palabra, mediante aparatosas señas y con la ayuda de una carta en inglés ordenaron la comida.

Al momento de ordenar, se olvidaron que estaban representando un papel y pidieron comida más bien criolla, que era la especialidad de la casa. Mollejas para la entrada y parrillada con ensalada de rúcula, aceitunas negras y queso parmesano como plato principal. Para beber no se animaron a pedir vino por miedo a que las apedrearán en la puerta.

El mozo tomó el pedido y se alejó desconcertado; ellas continuaban temblando de la risa pero intentando disimularlo.

Detrás del burka, las dos revoleaban los ojitos para todos lados.

–Que bueno está este camuflaje –dijo Vicky.

–Sí, buenísimo hasta que nos sirvan la comida.

–Ay Pau, ¿es verdad! ¿Como comen con este velo tremendo?

–Relajate, observame y seguime... Estuve una hora mirando a una islámica de verdad comer un helado. Es un poco complicado, pero tampoco es imposible.

Hablaban bien bajito para que nadie las escuche.

Trajeron la deliciosa comida y comenzó el espectáculo.

–Vos seguime –dijo Paula, mientras intentaba meterse un tenedor en la boca, esquivando el velo.

Se le estaba complicando pero le ponía mucha actitud.

–¡No cariño!!! ¡Esto es imposible! ¿Y cómo se toma líquido?– preguntó

Vicky ya un poco nerviosita de no poder meterse un bocado en la boca.

–¡Ah! Esa me la perdí. La que vi, solo comió un helado con una cucharita. Bueno Vicky, inventá algo o no comas nada y después nos comemos unos panchitos...

LA HORA DE LA VERDAD.

Después de un largo rato de estar peleando con el velo y no poder comer ni tomar casi nada, para Paula el tiempo se congeló.

Entró él, con una expresión recia. Caminaba derecho, con la mirada vacía y hacia el piso.

Llevaba una camisa manga corta a cuadros blancos con azul y violeta que le quedaba pintada. El pelo con un poquito de gel. Jeans azul y un par de zapatos náuticos idénticos a los que ella le tiró en el contenedor verde de basura, pero nuevos.

Lo vio más buenmozo, tierno y adorable que nunca.

Ella, Julia, iba por detrás, queriendo tomarle la mano izquierda, que él disimuladamente le mezquinaba.

Julia era increíblemente vistosa. Morocha, tan alta como él, con unas piernas casi perfectas. Iba sobriamente vestida, pero muy elegante.

Paula creyó morir de celos, pero se exigió control.

Se sentaron en una mesa al otro lado del salón. Con tanta suerte para Paula que sus ojos quedaban casi en línea recta con los de él.

—Sus ojos no mienten, siempre lo están delatando, así que veré cual es su reacción —se convenció.

Para ella se disolvió el mundo, incluida Vicky que ya se estaba poniendo de muy mal humor por el calor y el hambre que tenía.

Solo contaban esos ojazos tristes que la quemaban por dentro del amor que sentía.

Los observó, afortunadamente Julia estaba de espaldas, así que no se distraería mirándola a ella.

Él estaba muy tenso, con una actitud de cansancio y abatimiento que le dio pena. Solo se resignaba a asentir o disentir con un leve movimiento de cabeza. Masticaba lentamente y hacía fuerza para tragar. Escuchaba atento lo que ella le decía pero su mirada seguía completamente vacía.

De repente Julia se levantó de la silla, caminó hasta quedar detrás de él, se agachó un poco y con los brazos le rodeó el cuello y le susurró algo al oído, rozándolo con su mejilla. Él se puso más tenso de lo que ya estaba pero no rechazó activamente esa demostración de afecto que ella le hacía.

Paula sintió que se partía en dos de los celos. En su estado más salvaje se hubiese olvidado de todo, incluido su disfraz y la hubiese abofeteado con toda su fuerza. Pero una vez más se exigió autocontrol y su única válvula de escape fueron las lágrimas que comenzaron a rodar por sus mejillas.

Vicky comenzaba a percatarse de algo raro en la situación, pero conociéndola, prefirió no preguntar. Simplemente se dedicó a estar a su lado, a acompañarla con todo el amor que le tenía a su amiga.

Julia volvió a su silla y siguió hablando y hablando. Toda la devolución que tenía de parte de él era ese leve movimiento de cabeza; ahora repetitivamente indicando no.

–Pobrecito, que paciencia que le tiene a esa yegua –masculló por lo bajo.

Siguió observando la escena hasta que Julia se levantó violentamente y gesticulando con las manos hizo notar su furia contenida. Giró bruscamente y se retiró del lugar caminando ligera y visiblemente alterada.

Él seguía sentado impasible y hasta con cierto alivio. Con esa actitud la miró alejarse.

Paula recuperó el aliento, estaba convencida de que él ya no sentía nada por su ex.

Él pidió la cuenta y se levantó para ir al baño. Ella hizo lo mismo y cuando estaba por entrar al baño de damas lo vio detrás de la puerta del baño de caballeros lavándose la cara y acomodándose un poco para disimular su malestar, su incomodidad y su dolor.

Paula sintió que estallaba de adoración por él. Si hubiese tenido un poco más de coraje hubiese, entrado en el baño, trabado la puerta y lo hubiese colmado de todas las caricias, todos los besos y todo el cariño que él necesitaba.

Sin embargo una vez más, se moderó en su pulsión y siguió de largo; mejor dicho, dio media vuelta y fue a decirle a Vicky que ya era momento de partir.

Pidieron la cuenta mediante otras aparatosas señas, siguiendo su papel de

extranjerías, pagaron con dólares para disimular y se fueron con mucha prisa.

GRACIAS AMIGA.

Salieron las dos caminando muy rápido y se subieron al auto.

Se arrancaron ese velo que las atormentó durante toda la cena y se miraron.

Vicky seguía sin preguntar nada pero al verle los ojos, comenzó a entender el estado de su amiga.

La abrazó tiernamente y la besó en la mejilla.

Paula habló:

–Un día te voy a contar que es todo esto Vicky. Gracias, mi amiguita, por acompañarme.

Vicky para sacarla rápidamente de su angustia, contestó risueña:

–Que amiguita ni amiguita, ¡ahora me llevas al Mc Donald's a comerme una hamburguesa gigante querida! Estoy muerta de hambre.

La reacción de Vicky le causó gracia y asintiendo con la cabeza respondió:

–Vamos para allá chiquita.

Así como estaban se bajaron en un local céntrico de la cadena de comidas rápidas que estaba lleno de adolescentes bulliciosos. Esta vez si llamaban la atención por las caras de locas sacadas que tenían; los pelos como dos brujas y el disfraz a medio completar.

Cenaron tranquilas sin prestar atención a nada y casi sin hablar.

Luego llevó a Vicky a casa y siguió camino hasta su departamento. Se dio una ducha reconfortante y se acostó intentando conciliar el sueño sin detenerse a procesar todo lo vivido.

PERDÓN, AMOR.

Él pagó la cuenta y se marchó. Subió a su auto y se quedó tieso, no podía coordinar movimiento. Su mente le iba a mil y se recriminaba por ser tan ingenuo. No podía creer haber accedido a un nuevo encuentro con semejante arpía.

En su mundo paralelo, imaginó poder cerrar esa historia como dos personas adultas y civilizadas. Por el tiempo transcurrido y la lejanía pensó que las cosas entre él y Julia se habrían enfriado.

Se equivocó rotundamente, la jugada le salió pésima y Julia se presentó más amenazante que nunca.

No sabía cómo salir de la situación y lo embargó la culpa por Paula. Ella no se merecía tener que soportar tan dócilmente una cena suya con su ex.

Pudo dimensionar el daño que le había hecho pidiéndole que le dé ese espacio y tenga paciencia.

Lo invadió la duda y el temor de haber roto lo que habían logrado.

No sabía como volver a llamarla y decirle que la necesitaba más que nunca, no sabía como reaccionaría ella.

Tomó coraje y manejó hasta su departamento.

Una vez en la puerta, con mucha ansiedad marcó su número y la llamó.

El teléfono sonó varias veces y atendió el contestador.

Intentó de nuevo, con las manos temblorosas y la boca seca.

A la cuarta vez contestó. Ella se había quedado profundamente dormida después de tanto stress y le costó escuchar el teléfono.

–Hola mi Sol. Te amo y no sé de qué manera voy a pedirte perdón por lo de esta noche. Hoy era día de nuestro encuentro y lo desperdicié intentando ser un adulto considerado. ¿Podrías perdonarme? Necesito abrazarte, necesito estar con vos –le dijo con un tono casi desesperado.

–Hola... Mmmmm estoy durmiendo. ¿Dónde estás? –preguntó ella.

–Estoy abajo, esperando que me perdones y quieras acompañarme. Te juro

que la cena fue un error. Te necesito, por favor mi amor, te necesito.

Ella se sintió conmovida y culpable. Había desconfiado y por celos lo había vigilado. Pero a pesar de sentir que haberlo espiado no fue lo correcto, reconoció que le sirvió para ver su transparencia, lo encontró casi tan inocente como un nene... y lo amó más.

–Ya bajo. Si... Dame cinco minutos.

Él respiró aliviado. Se sintió afortunado de volver a tener una oportunidad para explicar lo sucedido; por supuesto que él no sabía que ella estaba al tanto de todo.

EN MIS BRAZOS.

Ella bajó y él la esperaba en la vereda, como siempre, la abrazó muy fuerte. Eran muy de los abrazos, de tocarse mucho. Coincidían en eso de que un gesto de contacto físico vale más que decir mil palabras; que un abrazo cálido cura cuerpo y alma, que una caricia es una forma de decir acá estoy para vos.

Y ambos estaban muy necesitados de todo esto.

Subieron al auto y fueron hasta la casa de él. En silencio y tomados de la mano subieron por el ascensor.

Él seguía muy tenso, con la mandíbula apretada, pero ella lo veía particularmente hermoso.

Verlo tan indefenso le provocaba protegerlo, cuidarlo, consentirlo, abrazarlo y adorarlo casi tanto como a sus hijos.

Lo miraba y no entendía como podía ser que una persona tan adulta y competente en su profesión a la vez pudiera ser tan básica y necesitada en lo afectivo. Concluyó de que debió haber sufrido mucho.

Cuando entraron al departamento él se sacó los zapatos y se los enseñó. Le preguntó si le recordaban algo.

Ella asintió con la cabeza, él le comentó que eran un obsequio de Julia y que casi lo obligó a usarlos para la cena. Le explicó también que él accedió a ese pedido para no contradecirla y enfurecerla.

Ya a esta altura esos zapatos eran como un símbolo de su relación anterior. Se sentaron en el sillón del living y él comenzó a largar todo.

EL DESAHOGO.

–Durante cuarenta y tres años y hasta que llegaste a mi vida fui un completo infeliz. Tuve una infancia difícil. Soy hijo único de una madre controladora, manipuladora y absorbente que siempre decidió por mí.

Huí de Santa Fe para venir a estudiar medicina. Estudié durante seis años como un autómatas. En los años de estudio mi vida social se detuvo, solo me dediqué a la medicina. En retrospectiva, creo que nunca me quise y me auto exigí demasiado para complacer más a mi madre que a mí mismo. Ella me quería ver arriba en la escala social de su círculo en Santa Fe.

Cuando terminé de estudiar e hice la residencia de cirugía, mi madre se inventó una enfermedad mental y se las ingenió para que vuelva a Santa Fe.

En esos años trabajaba todo el día, mis habilidades sociales no habían mejorado, seguía siendo medio boludo. Pero sí crecía mi reputación profesional y mi cuenta bancaria.

Me convertí en un buen partido.

A los treinta años me presentaron a Julia. Ella tenía ventidós años y era hermosa. Trepadora como pocas, me tejió una telaraña de la que no pude salir.

Creo que ella al principio estaba un poco hechizada también, le seducía la buena vida que podía tener conmigo.

Nos llevábamos bien, pero ella siempre quería más.

Yo trabajaba largas horas para pagar los gastos de la casa en el barrio cerrado, el auto importado y los viajes que me exigía todo el tiempo.

Estando dentro de la relación yo no podía darme cuenta que era solo eso lo que le agradaba de mí. Creo que cuando estuvimos juntos nunca pasó de esa instancia; a la distancia digerí con mucho pesar que nunca me quiso.

Yo estaba enamorado y siempre estaba rogando por un hijo que nunca llegó.

Después de más de diez años de matrimonio, llegué a casa luego de un día agotador. La busqué por todos lados pero lo único que hallé fue una nota en la

que me decía que estaba confundida y necesitaba un tiempo para pensar.

Desesperado llamé a mi mejor amigo, un cardiólogo con el cuál estudiamos toda la carrera a la par, que era como el hermano que la vida no me había dado filialmente. Me atendió su mujer y llorando me contó que se habían escapado juntos a Europa.

Ciego de dolor y odio, agarré únicamente mi billetera y con el ambo que traía puesto del hospital me vine para Rosario a empezar de nuevo.

Fueron épocas muy difíciles y nunca me perdoné haber sido tan ingenuo y tan frívolo. Por haberme creído que con una casa lujosa y un auto costoso compraba la felicidad.

A partir de ese momento me prometí jamás dejarme tentar por el dinero ni por el reconocimiento social. Solo quiero una vida sencilla, con sentimientos genuinos, con gente que no aparente nada ni con la cual yo tenga que hacer un personaje. Que me quiera como soy y que esté conmigo en los días buenos y en los días malos como el que tengo hoy.

Ella no dejaba de observarlo con mucho amor, con fervor, con una adoración que la desbordaba.

Cuando terminó de hablar le tiró los brazos al cuello y se le tiró encima. Le revolvió los cabellos con los dedos y lo besó mucho y por mucho tiempo.

Él se dejaba mimar y una sensación de paz le llenó el alma. Estaba feliz de poder escupir esa historia que lo enfermaba.

–Negro, vamos a escribir juntos una nueva historia, porque yo estoy buscando exactamente lo mismo que vos –le dijo con calma y lo besó.

HABLEMOS DE NOSOTROS.

Él intentó continuar contándole detalles de la cena con Julia porque no quería ocultarle nada. Quería compartirle todo para darle más seguridad y explicarle que ella lo era todo en su nueva vida.

Paula posó el dedo índice en la boca haciendo el símbolo universal de las enfermeras y le exigió silencio.

–Dejemos de hablar de ella... Hablemos de nosotros –le dijo y continuó:

–Yo también vengo de una historia dolorosa, pero no quiero repetirla. Quiero que seamos honestos y que podamos hablar todo lo que nos pasa; aunque algunas veces duela y destilemos veneno o hagamos los berrinches que nos cortaron a los cuatro años.

Voy a ofrecerte mi vida con estas palabras, aunque me signifiquen exponerme y volver a ser muy vulnerable al dolor.

Quiero enamorarme mil veces de tus ojos y de tu piel, quiero la guerra y la paz, quiero en algunas ocasiones enojarme y alejarme para después volver a amarte con más intensidad.

Quiero todo, pero todo con vos y con nadie más que con vos.

Con los años y a los golpes, aprendí que el dolor y el placer, el amor y el odio son las dos caras de la misma moneda; son polos opuestos de lo mismo.

La vida me ha desgarrado de tristeza al demostrarme de un día para el otro, que el amor que uno cree sentir se convierte en una batalla de odio y venganza. Entonces te juro por lo más sagrado que tengo, que son mis hijos, que siempre voy a intentar mantenerme en la cara que nos mantenga unidos y nos haga ser mejores personas.

Y si hay momentos malos, hablaremos y volveremos a empezar, pero siempre de frente y con honestidad. ¿Eh? ¿Te parece mi bonito?

El asintió con la mirada, acompañando el gesto con palabras:

–Sí, me parece. Te escucho y me pierdo de admiración ver tanta nobleza y tanta dignidad, mi amor. Me enorgullece profundamente que empieces a ser

mía en el mejor sentido de la palabra, que elijas volver conmigo todas las veces que sean necesarias. Te amo.

Ella lo escuchaba atentamente con los ojitos vidriosos de contener lágrimas de emoción y en un acto de absoluta valentía, al fin decretó:

–Yo también, creo que te amo Negro.

Paula tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para poder pronunciar esas dos palabras a las que tanto temía. Te amo para ella se traducía en indefensión, en entrega, en vulnerabilidad total.

Se miraron un rato en silencio. Tomándola de los hombros, lentamente la recostó sobre el sillón y se le tiró encima como un felino a su presa.

Él tenía su lado tierno pero a veces le saltaba el instinto animal de querer poseerla como sea.

Y este era uno de esos momentos.

Comenzó besándole el cuello. A medida que iba desabrochando uno a uno los botoncitos de su camisa floreada la besaba con más pasión. Pausadamente le deslizó la camisa, acompañando el movimiento con una suave caricia y siguió bajando con la boca por su pecho. Antes de continuar desnudándola, comenzó a jugar con sus pezones que comenzaron a endurecerse.

Volvió a su boca, mordió con delicadeza su labio inferior. Le sujetó la cara con ambas manos y volvió a besarla con desesperación, como pidiendo permiso. Ella comprendió su intención y entreabrió sus labios para permitirle la entrada de esa lengua impaciente que comenzó a entrelazarse con la suya. Este beso cuasi adolescente la perdió.

Sus manos seguían acariciándola, cuando las de ella también entraron en acción.

Le desprendió el cinturón, abrió el botón y bajó la cremallera del cierre. De un tironcito deslizó el pantalón junto con la ropa interior, dejando al descubierto la majestuosa erección que su pene evidenciaba.

Acarició a su amiguito, el señor, con mucha delicadeza, empeño y fluidez. Sin quitarle las manos de encima, se incorporó un poco para volver a sus labios y lo besó. Se detuvo un instante para volver a separarse un poquito y mirar esos ojos que la observaban con absoluta adoración.

Cuando él sintió que ya no podía sostener este juego previo por mucho tiempo más, la cargó en sus brazos hasta el dormitorio, la recostó sobre la

cama y terminó de quitarle la ropa lentamente, disfrutando de verla tan hermosa y sentirla suya.

Ella también temblaba de excitación, cuando sin dejar de mirarla a los ojos, él por fin la penetró y le hizo el amor muy dulcemente.

Cuando el encuentro culminó, así como quedaron durmieron; agotados, relajados, desnudos y agradecidos de tenerse.

MI VIDA CONTIGO.

Al día siguiente no tuvieron otra opción que ir a trabajar.

–El amor es muy tierno pero de algo hay que vivir. –Dijo él sonriendo.

Durante la mañana se mandaron mensajitos. A ella le gustaba seguir recibiendo esas tontas caricias cibernéticas. Se sentía acompañada y eso le daba valor para afrontar más confiada sus obligaciones laborales.

Las exigencias de su jefa en vez de ponerla de mal humor, la llenaban de compasión hacia esa arpía. Ahora en vez de desearle que le dé un ACV o le estalle el disco rígido de su computadora, simplemente se reía de verla tan trastornada.

Él trataba con más dulzura que nunca a sus pacientitos y los hacía reír para que olviden el dolor.

Al mediodía quedaron en almorzar juntos. Ella fue a buscarlo al sanatorio y estacionó su auto en doble fila justo en la puerta del pasillo de la guardia.

Le envió un mensaje por Whatsapp:

Mi Sol: –¿A ver muñeco si te dejas de hacer el galán con las chicas de cirugía y salís que te estoy esperando?

Mi Negro: –¿Adónde estás?

Mi Sol: –En doble fila en la puerta de la guardia.

No terminó de enviar ese mensaje que lo vio venir corriendo como un loco revoleando los brazos y la cabeza.

–Como una criatura –pensó y sonrió.

Con el envión que venía, corriendo y jugando, se estampó a propósito contra la puerta de auto y comenzó a hacerle caritas de loco por el parabrisas.

Ella le destrabó la puerta y él subió. Le dio un beso en la boca y mirando el interior del auto exclamó:

–¡Guau! ¡Que nave! ¡Cuántos botones para romper! Jejejeje.

Él se reconocía muy torpe con las cosas electrónicas, así que en su presente volvió a preferir lo casi rústico por sobre lo moderno; pero

haciéndose el payaso tocaba todos los botones y comandos que tenía a su alcance.

Ella lo miraba divertida de verlo tan infantil y contenta de poder tenerlo cerquita. Arrancó y preguntó:

–¿Adónde almorzamos? ¿Se te ocurre algún lugar?

–Vos manejas, vos elegís. Yo me entrego –dijo él.

Fueron a un bar que está en el Parque España.

Como hacía mucho calor al sol, almorzaron adentro del salón mirando al río.

Comieron una ensalada con pollo grillado y bebieron agua mineral, ya que luego debían volver a sus respectivos trabajos.

Cuando terminaron de almorzar se quedaron un momento más, reclinados, medio desparrados en el cómodo sillón; distendidos y muy juntitos. Miraban pasar los barcos y sonreían.

Ella tenía las manos apoyadas al costado del cuerpo. Él, sin dejar de mirar al río, arrimó su mano derecha a la mano izquierda de ella. Trenzó su dedito meñique con el de ella y luego sujetó la mano entera para reposarla sobre su regazo. Comenzó a acariciarla.

Antes que ella reaccione a nada, susurrándole al oído le indicó que cierre los ojos. Ella obedeció. Al tener la vista anulada toda su atención se resumía en la sensación de su piel en contacto con la de él.

Sujetando la mano entre las suyas la obligó a que la abra. Se la pasó por el rostro en forma de caricia y la besó sutilmente. Después volvió a apoyarla sobre su regazo y continuó tocándola con un solo dedo. Recorrió toda la palma, siguiendo el dibujo de las líneas, como queriendo descubrir algún significado oculto en ellas. Hacía circulitos y variaba la intensidad. Humedeció su dedo con un hielito del vaso y volvió a tocarla. Discontinuaba el contacto y volvía a empezar. Recorrió toda la palma nuevamente y continuó con sus finos dedos estilizados y delicados. Uno a uno los acariciaba de un modo muy sensual.

Ella no podía entender qué estaba experimentando, por primera vez en su vida unas caricias aparentemente inocentes la excitaban de un modo que se le estaba haciendo difícil de controlar.

Nunca nadie la había tocado así, no sabía que en sus manos había

encerrado tanto deseo.

Él siguió recorriendo lentamente la cara interior del antebrazo, disfrutando rozarla suavemente, disfrutando de provocarla de ese modo tan sutil.

Él también comenzaba tener otras sensaciones al notar como ella se encendía de pasión con el simple contacto de un solo dedo sobre su piel.

Ella abrió los ojos y suplicó:

–Basta Negro o no respondo por mis actos.

¿Sabés que me sacás de mi eje?

¿Que podés hacer conmigo lo que se te ocurra?

Empiezo a amarte con locura... me perdés... por favor, nunca me hagas daño.

Él se le acercó más rodeándola con el brazo y la apretó contra su cuerpo. Con un volumen de voz casi ínfimo le reveló:

–No temas mi Sol... Solo viviré para amarte.

Pagaron la cuenta y se retiraron; nadie se percató de la tensión sexual que reinó por unos momentos en el lugar... Únicamente ellos, que reían cómplices.

REVANCHAS.

Revancha del día y revancha de la vida. Después del deseo incontenible que él desato esa tarde luego del almuerzo, Paula sintió que por fin encontraba alguien con quien dar rienda suelta a sus pasiones.

Como casi todo en su vida, el sexo también fue un tema que tuvo pulir.

Toda la educación sexual que recibió en su adolescencia fue a través del miedo y la culpa. Su madre encontró el camino más fácil delegando a las monjitas del Colegio católico esa tarea tan incómoda.

¡Ay, Dios! Que generación de mujeres frías lograron en ese colegio. ¡Si era como aprender los colores de la mano de una persona no vidente!

Todo era sucio y pecaminoso, nunca nadie le enseñó acerca de la pasión y el deseo que nacen de un amor puro. De compartir el cuerpo con el otro en una unión sagrada a partir de ese amor.

De esa base tuvo que partir y fueron muchos los escalones que tuvo que transitar para llegar a la libertad mental que logró con respecto a su sexualidad.

A los cuarenta años, era una mujer muy libre, sin complejos ni culpas. Conocía muy bien su cuerpo y sabía darle o pedir lo que quería.

Había aprendido a quererse y eso incluía aceptar la totalidad de su anatomía como era, cuidándose y respetando todas sus señales.

En algún punto de su vida, se dijo que nunca más se permitiría tener sexo sin verdadero deseo y aprendió que el mayor placer sexual no depende del amante sino de su propia predisposición al juego.

Descubrió que su órgano sexual más importante era su cerebro y encontró en la literatura la mejor manera de dejar volar su sensualidad.

Esa tarde, decidió que con él, se entregaría en cuerpo y alma.

Pasó por su casa y recogió lo que había comprado en el sex-shop con sus amigas.

Se encontraron en la esquina del sanatorio y fueron caminando apacibles

hasta el supermercado.

Compraron carne, verduras y un buen vino tinto.

Pusieron la carne al horno y destaparon la primera botella de vino.

Brindaron y hablaron un poco de sus respectivos trabajos.

Cenaron e hicieron una larga sobremesa a la luz de unas velitas.

Se miraban tiernamente. Él la adoraba con pasión, se deleitaba de verla tan delicada. Le gustaba todo de ella, la forma de hablar, de reír, de acomodarse el cabello y sobre todo lo mataba esa mirada azul del color del cielo.

Ella disfrutaba de verlo tan inocente y desprovisto de maldad, tan transparente y simple. Era un hombre adorablemente simple, sin ánimo de impresionar ni ostentar nada. Mostraba eso, simplemente lo que era.

Ella se levantó y lo besó suavemente, lo guió hasta el dormitorio y le dijo:

–Por el deseo incontrolable que me hiciste sentir al mediodía, ahora viene mi revancha de alcoba. Tengo pocas reglas, no me van la fotos, ni los videos, ni los disfraces. No me pidas que te haga un streep-tease; no está en mi naturaleza. Nunca me pidas incluir a un tercero; no es por prejuicio pero conozco mis límites y podría llegar a morir de celos. De ahí para adelante, está todo permitido, siempre y cuando no nos haga daño.

Él que nunca dejaba de sorprenderse con sus declaraciones tan precisas, le respondió:

–Me encanta descubrirte en todas tus facetas, mi amor. Adoro verte tan reservada, tan hermética con la gente y tan abierta y sincera conmigo. Como siempre, desde que estamos juntos, espero estar a la altura de tus expectativas y no fallarte nunca. Te amo Paula. Te amo y quiero morir de placer con vos.

Después de escucharlo decir esto, le sonrió cómplice y tomó el control de la situación.

Sacó su látigo de cuero e intentó comenzar el juego...

JUGUEMOS...

Ella había leído los tres libros de las *Cincuenta Sombras de Grey* y el látigo le quedó haciendo ruido en la cabeza.

Divertida, decidió que ella se convertiría en Paula Grey y él sería Doc Steele.

Se imaginó tirando sensuales latigazos al aire y que él moriría de deseo y de placer, en una escena cargada de energía sexual. Ella sería ama y señora de la situación, él se entregaría a sus toques suaves y no tan suaves retorciéndose de gozo. Habría mucha adrenalina y experimentarían sensaciones nuevas de la mano del cuero por su textura y su aroma.

Toda esa ráfaga de ideas, situaciones y sensaciones pasó por su alocada y febril cabeza antes de salir a la realidad con el látigo en la mano.

Pero... Oh... Que distinta puede ser a veces la realidad...

En cuanto sacó el látigo, él abrió los ojos grandes como si no terminara de entender qué era lo que tenía en la mano; ella tuvo que tirar varios latigazos al aire, a los que acompañaba con el sonido de chissssss.

Él comenzó a retorcerse, pero más que de gozo y deseo, de risa. Se incorporó rápidamente y se le abalanzó. Ella quedó tiesa con el látigo en la mano, sorprendida. Él la abrazó fuertemente, la tumbó en la cama riendo y le dijo:

—¿Así que sos perversita, Paula? Yo te voy a enseñar cuántos pares son tres botas...

Acto seguido, agarró el látigo, se lo sacó de la mano de un tironcito y con una postura muy recia lo tiró por la ventana.

La situación les causó mucha gracia, imaginaron la cara de algún posible transeúnte recibiendo un latigazo desde el cielo. Corrieron hasta la ventana, pero ni siquiera eso, el látigo yacía solito y triste en la vereda.

Volvieron a la cama de un salto y ahora sí comenzó realmente la acción.

Se tumbaron abrazados, se acariciaron y entrelazaron las piernas. A pesar

de que estaban vestidos buscaban el contacto pleno de cuerpo con cuerpo.

Permanecieron así casi eternamente, entrelazándose a otro nivel más intenso que el físico, como nivelando el amor que había en el ambiente.

Luego se separaron y comenzaron a quitarse la ropa mutuamente. A cada pedacito de piel que desnudaban, como siempre lo hacían, le correspondía un besito tierno o una caricia.

Cuando quedaron desnudos, él se separó un poco para poder observarla, le encantaba verla tendida relajada. Buscó su mirada. Sonrieron.

Él se tendió encima de ella y comenzó a besarla. Empezó por la boca y siguió bajando, se detuvo en sus pezones, jugueteó con ellos que reaccionaron a sus labios.

Siguió bajando hasta que llegó a su sexo. Ella no dejaba de mirarlo y él a cada paso que daba levantaba la vista y la disfrutaba.

Amaba verla reaccionar ante sus toques, lo volvía loco de excitación saber que ella lo deseaba.

Una vez en su sexo, lamió su clítoris suavemente al principio y con más presión después. Cuando ella levantó su cadera en un acto casi inconsciente, él supo que era el momento de penetrarla.

Lo hizo suave y profundamente arrancándole un gemido. Siguió rítmicamente y el gemido se convirtió en un jadeo muy sensual que lo enloquecía, mientras le daba más y más estocadas extremadamente viriles.

Ella no paraba de gemir, ese mismo gemido le potenciaba las sensaciones que sentía en su cuerpo, hasta que estalló en un orgasmo multisensorial, que le sacudió todas las células del cuerpo. La invadió un placer y un amor desmedidos, mientras él la observaba loco aún de deseo.

Él se retiró y se tumbó a su lado. Ella se incorporó y tomó su pene entre las manos. Se lo llevó a la boca, lo lamió con la lengua, luego lo chupó con sus labios hasta hacerlo culminar en una eyaculación muy intensa.

Se bebió hasta la última gota de semen mirándolo fijo a los ojos. Le sonrió cómplice y se acostó a su lado riendo tontamente.

Se abrazaron y se acariciaron suavemente, yacieron relajados entrelazando sus piernas hasta que así se durmieron.

AMOR.

Los meses pasaron, llegó el invierno y con él, el fin del encantamiento, el fin del continuo deseo sexual incontenible de los primeros tiempos.

Se decantaron las pasiones y solo siguió el amor.

Compartían todo lo bueno, todo lo que habían acordado al principio. Ella se dividía según su tenencia compartida, cuando no estaba con sus adorados hijitos estaba con él.

Él, cuando no estaba con ella, mataba el tiempo trabajando.

Estaban en total armonía, habían logrado abrir completamente sus corazones, sin reclamos, sin celos, sin peleas.

Compartían amor puro y de ese modo se sentían amparados para enfrentar las contingencias de la vida diaria.

En los malos días, ella contenía sus emociones y sus frustraciones para estallar en llanto en sus brazos; cálidos y acogedores. Amaba sentirse tan protegida.

Él se sentía poderoso de cumplir ese rol. La consentía, la mimaba y la admiraba por todas las responsabilidades que cargaba sobre sus espaldas. La veía cada día más linda y más adorable.

En el sexo seguían conociéndose, ya sabían cómo subir la temperatura con una caricia en el lugar indicado, pero también podían compartir mucho tiempo juntos sin sentirse presionados a ser los súper amantes.

Eran tiempos apacibles y pensaban seguir así por siempre.

Compartían cosas simples que les llenaban el alma.

Por primera vez en su vida eran plenamente felices con el solo hecho de estar juntos.

Reían, hacían cosas tontas y caminaban mucho de la mano.

Él le dio las llaves de su departamento y ella a veces cocinaba para él.

Nunca salieron juntos de Rosario, pero les encantaba pasear como si no la conocieran. Recorrían rinconcitos turísticos de la ciudad y se sacaban fotos

besándose.

Algunas veces, a ella le pesaba tener su vida fragmentada completamente al medio. Se reprochaba no tener más coraje y empezar a incluirlo en la vida familiar, presentárselo a sus padres o hacer cosas con él y sus hijos.

Pero en esos momentos la embargaba el miedo y la culpa. Esos sentimientos tan arraigados en su ADN. Miedo de volver a perder todo en el amor y culpa de exponer a sus hijos a una relación con un señor que no sea su papá.

Él, en cambio, nunca reclamaba ni cuestionaba nada, solo sentía gratitud por lo poco o mucho que ella le daba.

DESILUSIÓN.

Muy temprano una mañana de julio, él fue a hacer unas diligencias caminando por el boulevard.

Cuando salía del edificio al cual había ido, cruzó la calle Rioja y se encontró con un viejo amigo de la infancia de su ciudad natal. Se pusieron a conversar en la vereda y se contaron en que andaban sus vidas.

Como el clima estaba muy frío, lo invitó a tomar un café calentito en el bar de la esquina. Su amigo accedió de buena gana, pero primero le pidió que lo acompañe cinco minutos al acto de su hijo en el colegio; que era adonde se dirigía antes de encontrarse con él.

Accedió inmediatamente ya que no estaba apurado. Le encantaban los niños y hacía tanto tiempo que no entraba a un colegio, que le dio curiosidad saber si las cosas habían cambiado mucho desde su época.

Entraron al patio y se pararon detrás de una larga fila de sillas ubicadas frente al escenario. Era el acto del nueve de julio y el hijo de su amigo estaba en el escenario disfrazado de negrito vendedor de velas.

Le dio gozo ver al niño, pero más ver a su padre mirarlo tan lleno de amor. Terminó la actuación y bajó el niño del escenario saludando a su papá con la manito.

Se estaban yendo del colegio para ir al bar de la esquina, cuando (igual que el día que la conoció) sin querer la vio.

Quedó petrificado. Ella estaba sentada en un banco, con su hijo menor en brazos y muy cerquita al lado de ella, estaba sentado un señor. Intuyó que sería su ex, el papá de los niños. Lo que no pudo digerir fue la manera en que se miraban, reían y hablaban entre ellos; como cuchicheando o diciéndose secretos casi al oído.

Sintió que moría de celos. Inmediatamente evadió el café pendiente excusándose con su amigo; argumentó que había olvidado que tenía un paciente esperando y se fue corriendo a su casa.

Se sentía mal físicamente, era como si le hubieran dado una fuerte paliza.

Tenía ganas de romper todo, de gritar su angustia y hasta de llorar; pero solo se permitió apagar el celular para que nadie interrumpa su sufrimiento. Era tan poco sofisticado en sus reacciones como una criatura, pero se autorreprimió.

Con muchísimo dolor asumió que había una parte de ella que él no conocía. Un mundo al cuál el no podía acceder; pues nunca estuvo invitado.

En cuestión de segundos del día menos pensado se cuestionó si todo lo que él creía haber logrado era auténtico.

No reaccionó con ella de ningún modo, prefería negar la realidad de su apreciación hasta que ella se lo dijera directamente a la cara. Pero internamente sintió una gran desilusión que le caló hondo.

Por esos días volvió a tener la mirada muy triste, casi más triste que la luna.

¿QUÉ PASA, AMOR?

Habían pasado varios días desde ese encuentro casual.

Ella no percibió lo que él estaba sintiendo porque evasivamente ocultó todo.

Ensimismado en un ataque de celos paranoicos, quería tenerla con él y que ella le diga frente a frente que no quería continuar la relación. En su cabeza rodaba la película de que ella volvería con el papá de sus hijos y que él volvería a quedar solo y abandonado nuevamente.

Estaba deprimido y desganado, pero hizo un gran esfuerzo por disimularlo. En lo más profundo de su corazón deseaba poder negar que algo estuviera mal, pero lo que había visto no lo dejaba razonar en paz.

Esa noche la frustración sería total; se enfrentaría cara a cara con la soledad nuevamente. Se quedó en silencio a esperarla. Ella se atrasó y llegó más tarde que de costumbre. Entró con sus llaves al departamento como un tornado, como estaba acostumbrada a hacerlo y a ser recibida con un abrazo cálido.

Esta vez no la recibió nadie, el departamento estaba en penumbras, con todas las luces apagadas. Lo recorrió por las dudas, creyendo que él no estaba.

Cuando pasó por el dormitorio lo vio acostado en la cama, a la luz de la luna y con esa mirada que le partió el alma.

Sin preguntar nada se le tiró encima y lo abrazó aplastándolo con todo el cuerpo.

Él la recibió más aliviado de sentirla cerca, de tenerla un poquito más para él, pero le fue imposible reaccionar.

Ella sin entender qué pasaba le preguntó:

—¿Qué pasa mi Negro?

Él casi no podía hablar. Solo giraba la cabeza como negando algo que no podía expresar y tenía los ojos brillosos de contener las lágrimas.

Ella le tomó la cabeza entre las manos y le volvió a preguntar que le pasaba, mientras lo besaba con infinita ternura. Le beso las lágrimas que él ya no pudo contener, a la vez que derramó las propias al verlo tan vulnerable y sensible.

Ni siquiera logró esperar a que él le cuente qué era lo que le pasaba.

En ese momento supo que lo amaría toda la vida.

Él se descargó en un llanto infantil genuino y con las palabras entrecortadas le contó que la vio con su ex y que no pudo procesar la complicidad que había entre ellos.

Ella sonrió, a la vez que evidenciaba una mirada muy triste. Le explicó que era una condición que se auto imponía para hacerle el menor daño posible a sus hijos. Que aceptaba que era una relación que la iba a acompañar por muchos años y que por el bien de todos trataba con mucho esfuerzo ser dulce y comprensiva, por más que muchas veces quisiera maldecirlo a los gritos y no verlo nunca más.

También le explicó que era una relación completamente desprovista de sentimiento, por todo el sufrimiento que le había significado la ruptura inesperada y abrupta que habían tenido. Los tres años siguientes de soledad, desolación, cansancio, crianza y profundo dolor habían aniquilado por completo todo el amor que ella alguna vez había sentido.

Él respiró aliviado de escuchar esas palabras y le explicó que pasó los peores días de su vida, con esa duda que le corroía el alma.

Ella volvió a mirarlo a los ojos y con mucha dulzura le susurró:

–Mi tontito... Te estoy amando más que a mi propia vida. Me conmueve profundamente que seas tan paciente y compasivo conmigo, como nadie lo fue antes en mi vida. Ni aún en los momentos en que sin querer te causé tanto dolor dejaste de demostrarme tu amor. No debiste soportar solo tanto pesar, tantos días. Te adoro y estoy dispuesta a hacer lo que me pidas para demostrártelo.

Él la miró y recuperando el aliento dijo:

–Quedate acá, a mi lado.

MÁS AMOR.

Ella se tendió a su lado y se puso de costado, abrazándolo y apoyándole la pierna izquierda sobre las suyas; como queriendo cobijarlo también con las piernas.

Otra vez le surgió naturalmente ese instinto maternal que le indicaba que ese señor adulto para muchas cosas, no dejaba de ser un pichoncito desamparado que necesitaba mucho amor. Y si había algo que a ella le sobraba, era ese amor para darle.

Él, un poco más calmo, la miraba agradecido de que ella estuviera ahí. Comenzó a besarla, la giró y se le tiró encima. Siguió besándola apasionadamente, casi con violencia.

Ella se dejaba.

Él seguía buscándola, tomándola bruscamente, con una pasión desbordada.

Rápidamente la desnudó y la penetró muy rudamente, como liberando toda la angustia acumulada.

Era una situación ambigua, por un lado liberaba todo ese amor apasionado y compulsivo que sentía por ella y por otro era como que inconscientemente buscaba castigarla por lo sufrido.

Ella se entregó a todo lo que él le hacía con total rendición, porque entendía que la pasión era directamente proporcional al miedo de perder el amor.

Paula se dejaba hacer dócilmente sin oponer resistencia; hasta que también comenzó a arder de pasión y actuó en consecuencia. Le arrancó la camisa que aún tenía puesta y le besó el cuello con locura.

Se abrazaron fuertemente, se giraron sobre la cama. Era como una lucha cuerpo a cuerpo en busca de saciar su amor y de paso exorcizar la angustia y el miedo.

Fue un encuentro bastante salvaje, el más violento de todos los que compartieron.

Terminaron extenuados pero tranquilos porque se reafirmaron que nada había cambiado entre ellos y que el amor que se prodigaban seguía intacto.

Se levantaron de la cama y se ducharon juntos. Ella se puso la camisa blanca de él y fueron hasta la cocina.

La agasajó con una deliciosa cena, le preparó todos sus platos preferidos y disfrutaron de un rico vino tinto a la luz de la luna.

Y así volvió a reinar la calma en sus vidas.

FIN DE LA RELACIÓN.

Los meses pasaron apacibles, el amor y compañerismo entre ellos seguía creciendo; compartían su vida en armonía.

Ese jueves, como de costumbre, Paula con sus llaves abrió la puerta del departamento y entró.

Como nunca, las luces de todo el departamento estaban encendidas y había ruido en el baño.

Extrañada por la situación poco habitual preguntó:

–¿Negro, estás ahí?

Su nuevo mundo construido a base de afecto, amor y complicidades se derrumbó en un instante cuando la vio.

Julia salía del baño envuelta en un tallón y con el cabello morocho revuelto, secándose con una toalla más pequeña entre sus manos.

Julia al verla parada tan desvalida y sorprendida, sonrió triunfante y preguntó:

–¿Perdón? ¿Quién es usted y como entró al departamento?

Se giró y alzó la voz en dirección al baño, que continuaba con las luces encendidas.

–Querido... ¿Podrías decirme quién es esta mujer?

Paula quedó paralizada. Completamente desbordada por la situación no atinó a decir nada. Se activó en ella el mecanismo de defensa más primitivo de huida o lucha. Un torrente de adrenalina inundó todo su cuerpo, incrementando su frecuencia cardíaca y su presión arterial; dilatando hasta sus pupilas. Sus músculos se tensaron como las cuerdas de un violín y con su cuerpo completamente fuera de control activó el mecanismo de huida.

Sintiendo que el corazón se le salía del pecho, salió corriendo.

No iba a rebajarse a confrontar con ella y menos a verlo a él, para que intente explicar lo inexplicable.

Huyó despavorida y deconcertada por lo que acababa de ver. El viaje en

el ascensor se le hizo eterno, le faltaba el aire y no podía respirar bien. Tuvo la sensación de que podía morir de desesperación.

Salió a la calle, tomó una bocanada de aire y enérgicamente paró un taxi. Después de un par de cuadras en el auto se le aflojaron todos los músculos y sobrevino un dolor intolerable. Le dolían todas las células del cuerpo y en medio de tanto dolor pudo llorar. Las lágrimas le brotaban solas. No quería llorar pero la realidad era demasiado dura para soportarla.

Fue hasta su casa y se encerró en su cuarto a dejar fluir la decepción.

No podía soportar otra vez pasar por la situación de sentirse traicionada. No podía creer que él fuera capaz de fallarle de esa manera tan cruel.

Sintió que su alma se desgarraba, que todas las ilusiones proyectadas se desvanecían.

Se culpó duramente por haber sido tan estúpida y haber creído otra vez en el amor, la habían traicionado nuevamente de la manera más cruda y despiadada; la habían cagado de nuevo.

Se dejó caer en su cama e inconscientemente se ovilló en posición fetal. Lloró con ganas, como queriendo sacar con las lágrimas el dolor y la decepción que le oprimían el pecho.

Ya había pasado por una traición similar, pero la diferencia era que esta vez solo dolía y pesaba el amor que ella sentía.

En su fracaso anterior, pesaban los diecinueve años compartidos, el matrimonio, los hijos, la opinión de los padres, los bienes que había en juego.

Esta vez se desgarraba de sufrimiento porque solo contaba la adoración que hasta ese momento había sentido por él.

Lloró como la niña abandonada que inconscientemente afloraba desde el fondo de su ser.

Otra vez sentía esa sensación que la quemaba por dentro.

Tenía ganas de hacer un berrinche, de desmenuzar algo con sus manos, de confrontarlo y escupirle a la cara el daño que le estaba haciendo. Pero no tuvo fuerzas para hacer nada de todo eso.

Se limitó a llorar abrazada a su almohada.

Apagó su celular, arrancó el cable del teléfono y solo deseó volver el tiempo atrás, a un año antes de este instante; volver al día en que aún no lo

había conocido.

FELICIDAD Y MALDAD.

Julia no podía creer lo bien que le salió la jugada. Su estrategia era la de volver a conquistarlo con sexo, pero en el medio Paula le cayó del cielo.

Sonreía feliz por el daño que le había hecho a esa mujer; que ni siquiera sabía que existía, pero que ahora estaba segura, rompería toda relación con él.

Astuta como era, rápidamente cambió de planes. En vez de esperarlo y entregarse a él como era su idea inicial, acomodó todo dejando el departamento impecable y se marchó rápidamente.

Fue directo al sanatorio, buscó el casillero número veinte y dejó las llaves en el bolso, de donde las había tomado. Quitó la nota que le había dejado en la cara interna de la puerta del casillero y desapareció de la escena del crimen.

Él, afortunadamente para Julia, aún estaba en el quirófano y nunca se enteraría de su maquiavélico plan.

Se convenció que esperaría una nueva oportunidad para volver a verse a solas con él y tratar de convencerlo para que vuelvan.

Tenía muy bien pensados sus argumentos, entre los cuáles se incluía hasta el nacimiento del tan ansiado bebé.

Escapó rápido por la calle oscura. Fue al hotel adonde estaba alojada y se acostó repasando eufórica y mentalmente todo lo vivido.

Una sonrisa amplia se le impregnó en el rostro; era la sonrisa de la maldad en su máxima expresión.

INOCENCIA.

Él salió del quirófano a las tres de la mañana. Se cambió la ropa y partió a su departamento a descansar. Había sido una cirugía agotadora.

Entró sigilosamente para no despertarla. Llegó al dormitorio y sin prender la luz tanteó la cama para acariciarle el pie.

Ella no estaba. En su lugar se había instalado la soledad, que sin que él lo supiera aún, llegaba para quedarse.

Se duchó y estaba tan cansado que se durmió con el teléfono en la mano.

A la mañana siguiente se despertó como siempre, muy temprano y la llamó.

Le extrañó que tenga su celular apagado y que no atienda el teléfono fijo.

Pensó en la posibilidad de que le hubiera pasado algo, de que hubiese sufrido alguna contingencia; pero nunca se le cruzó por la cabeza que el problema pudiera ser con él.

Así que se vistió y fue hasta su departamento. Tocó el portero, llamó al celular, llamó al teléfono fijo, mandó mensajes por Whatsapp; pero por ningún medio obtuvo una respuesta.

Muy preocupado, habló con el guardia de seguridad del edificio, quien le aseguró que la señora Paula estaba en su departamento.

Se quedó desolado esperando en la vereda. Le impactó duramente concluir y aceptar nuevamente que no tenía ningún vínculo con ella más que con ella. No tenía a quien llamar, no conocía a sus padres, ni siquiera sabía adonde encontrar a sus amigas. Más allá del edificio donde vivía, no tenía más datos de ella.

Se recriminó duramente no haberse puesto más insistente para entrar en su vida y hubiese tirado la puerta a golpes de desesperación, pero entendió que no estaba habilitado ni siquiera para eso.

Permaneció varios minutos más mirando a su ventana para ver si al menos podía tener una pista de lo que pasaba. Vio que bajaron las persianas y se

tranquilizó pensando que ella estaba bien, o que al menos estaba con alguien haciéndole compañía.

Poco a poco la inconsciencia dejó lugar a la reflexión y se hizo consciente de que algo había cambiado con él.

Intentó descubrir que fue lo que podría haber sido y no encontró respuestas. Muchas veces se atrasaba en el quirófano, pero ella siempre lo esperaba en su cama. Reconocía que todo este tiempo solo había sentido adoración por ella y no lograba deducir porque otra vez se encontraba solo.

Abatido y cabizbajo volvió a su casa, pensando solo en ella y en cuanto la necesitaba.

DÍAS DE MUCHA TRISTEZA.

Paula permaneció encerrada tres días hasta que volvieron sus hijos. Estaba tan destrozada que solo mantuvo contacto telefónico con su jefa y para avisarle de que estaría ausente por dos semanas. Le dijo abiertamente que le dieran días de vacaciones o que directamente la despidieran, que no le importaba. Su jefa, que siempre estaba mal dispuesta para todo, debe haber adivinado que algo no andaba bien, porque fue inusualmente compasiva. Le dijo que no se preocupara y que se tomara los días que necesite.

Esto le dio algo de respiro y le hizo volver a creer un poco en la confraternidad laboral femenina.

Hizo las valijas y le anunció a sus hijos que irían unos días a la casa de los abuelos. Los chicos saltaban de alegría de poder ver a sus abuelos y sobre todo por faltar al colegio.

Paula tenía muchos sentimientos encontrados con respecto a sus padres. Durante mucho tiempo había estado profundamente dolida por el tipo de educación recibida en la infancia. Pero en algún punto comprendió que ellos hicieron lo mejor que habían podido y los perdonó.

Toda su vida se sintió la oveja negra de la familia, recién cuando nacieron sus hijos pudo dimensionar el amor de una madre, más allá de la capacidad de demostrarlo.

No llamó para contarles que irían, simplemente caerían de visita sin avisar.

Llegaron y los chicos bajaron corriendo del auto, tocaron timbre y entraron como un ciclón. Los abuelos los abrazaron con mucha alegría por la sorpresa de tenerlos.

Estaban dichosos, hasta que vieron el aspecto de su hija.

Al verla, instantáneamente dedujeron que algo estaba muy mal. Su padre llevó a sus hijos al parque y su madre se quedó con ella.

Su madre no sabía como actuar, no la reconocía con esa mirada triste y vacía. Se sentaron en un sillón juntas y se miraron. Lo primero que le preguntó

era si estaba enferma, a lo que ella respondió que no, con un leve movimiento de cabeza.

Su madre respiró más tranquila. No pronunció una sola palabra, simplemente se dedicó a abrazarla cálidamente y por primera vez en muchos años, Paula se dejó mimar por mamá sin oponer resistencia.

Aunque internamente se reconocía con mucha falta de demostraciones de afecto por parte de su madre, nunca se había permitido mostrar esa debilidad.

Su madre la abrazó más fuerte, la besó en la mejilla y pausadamente le habló:

–Que pasa mi chiquita, verte con esta mirada tan triste me desorienta. Fuiste siempre tan brava que el único camino que me resultó para educarte fue el del rigor y la autoridad.

Toda la vida fuiste mi chiquilla inquieta, mi debilidad, la luz de mis ojos; pero tanta era tu rebeldía y tanto era mi miedo de no saber que hacer con vos, que el único modo de actuar que me salió fue ese. Ahora, viéndote toda una mujer, me arrepiento de no haberte consentido más, de no haberte abrazado y besado lo suficiente, de no haberte demostrado cuanto te adoraba y del terror que tenía de fallar como mamá. Quiero que sepas que te amo hija y que siempre estaremos con papá para apoyarte. ¿Que pasa? ¿Podemos hacer algo para aliviar tu dolor?

Al escuchar esto de parte de su madre, se aflojó y lloró mucho. Se dejó ver débil y necesitada pero solo sentenció:

–Mamá, me rompieron el corazón como si fuera la primera vez que me enamoro.

Se quedó recostada en el regazo de su madre y mientras las lágrimas fluían sin parar, supo que no se equivocó en volver a los brazos de mamá para sentirse querida.

MÁS DOLOR.

Él intentó por todos los medios volverla a ver. Ella intentó por todos los medios no dejarse encontrar... y lo logró.

Hasta ese día que coincidieron en un restaurant.

Paula estaba en un almuerzo de trabajo, en el cual afortunadamente para ella, estaba incluido su hermano Marcos.

Él estaba almorzando con colegas, en un break de un congreso de cirugía que se llevaba a cabo esos días en el Sanatorio Británico.

Ambos habían terminado de comer el postre cuando por puro azar sus miradas se cruzaron. Ella creyó que moría de dolor y él creyó que podía morir de amor.

Al verlo, sintió que todo su cuerpo latía al ritmo desbocado que marcaba su corazón y que sus piernas pesaban toneladas, pero haciendo un esfuerzo extraordinario y desmedido, salió corriendo del salón en dirección hacia donde estaba estacionado su auto.

Lo único que deseaba era alejarse de él.

Él la siguió y cuando Paula atinó a abrir la puerta del auto la alcanzó.

El clima conspiraba en contra de ellos potenciando el dolor y la melancolía, encapotándolos con un cielo plomizo y mojándolos con una lluvia tenue.

Él se interpuso entre ella y el auto bloqueándole el acceso e impidiendo que se escape.

Quedaron frente a frente. Se miraron sostenidamente a los ojos.

Ella no pudo contenerse más y sin decir una palabra comenzó a llorar. Otra vez la perturbaban esos ojazos tiernos que expresaban tanto. Pudo percibir ese amor de siempre, pero intentó negarlo. Quería negarlo con toda la razón. Se esforzaba por no dejarse vencer.

Intentó evadirlo y subir a su auto a la vez que con un hilo de voz le suplicó:

–Por favor, no me hagas más daño... por favor.

Él quedó martirizado y profundamente conmovido de verla en tal estado de indefensión, de vulnerabilidad. Internamente suplicaba por enterarse qué fue lo que pasó, necesitaba hablar con ella, pero su reacción espontánea fue tratar de besarla.

Ella no se dejó. Sabía que su cuerpo reaccionaría en contra de su voluntad y no quería volver a sentir nada.

Sus lágrimas se diluían por la lluvia y con la poca fuerza que le quedaba otra vez le rogó que la deje ir.

Él no pensaba moverse hasta no averiguar qué fue lo que los separó pero nuevamente siguiendo su instinto, tuvo la intención de tocarla, de acariciarla, de volver a apretarla contra su cuerpo y sentirla.

Fue en ese momento que apareció Marcos; y con una actitud desencajada para su forma de ser, lo separó de un empujón y abrazó a su hermana.

Intentaba con esos brazos protegerla del mundo y todo lo que pudiera hacerle daño. Ella se deshizo en lágrimas entrañablemente sentidas en su pecho.

Marcos no estaba completamente al tanto de la situación porque por esos días, ella había vuelto a ser la mujer reservada que ocultaba al mundo sus sentimientos, pero algo había intuido.

Al tener a su hermana llorando desconsoladamente entre sus brazos, recordó los días en que ella corría hacia él escapando de los retos de papá o mamá. Entre ambos había más de diez años de diferencia de edad pero eran muy compinches. Marcos era el héroe que arreglaba todos sus problemas llevándola a tomar un helado y ella era el amor puro que lo consolaba con caricias y besos pegoteados de chocolate cada vez que volvía del colegio reprobado por rebelde y debía confrontar a su enfurecida madre.

Marcos hubiera querido derribarlo a golpes pero se contuvo y solo le indicó con la mirada que sobraba en el lugar.

Al ver esos ojos idénticos a los de ella, entendió que era mejor no confrontar y se alejó unos metros.

Su hermano la ayudó a subir al auto y le dio un besito tierno. La observó toda una mujer en las apariencias, pero en su corazón la sintió chiquita de nuevo. En ese instante lo movilizó el amor que siempre sintió por ella y supo

que nunca dejaría de ser su adorada hermanita por más que pasen mil años.

Ella se fue y ambos sostuvieron su mirada clavada en el auto mientras éste retomaba la calle y se alejaba del lugar.

Marcos volvió a mirarlo con aire reprobador, girando sutilmente la cabeza con indignación, desaprobando con ese gesto la situación y luego volvió al salón.

Él se quedó mirando fijamente la calle hasta que el auto desapareció de su vista. Y con la lluvia que le mojaba el rostro, lloró de desesperación e impotencia; apretando los dientes y los puños para descargar de algún modo tanto dolor.

Después de este episodio el tiempo siguió su curso. No volvieron a cruzarse nunca más.

No dejaban de extrañarse, necesitaban volver a sentirse, pero el dolor desgarrador de ella y el desconcierto y la falta de coraje de él para volver a intentarlo, hicieron que la situación se enfriara.

CONTRATAQUE DE MALDAD.

Un día en que él volvía del trabajo muy tarde, casi de noche, dobló por una esquina que estaba en penumbras. De repente sintió que le tomaban la mano. En un acto de inocencia se detuvo velozmente y giró su mirada pensando solo en ella.

Pero gran sorpresa se llevó al descubrir que era Julia la que estaba allí cara a cara.

La miró y estaba impecable, hermosa y radiante como en sus mejores épocas.

–Lástima que sea tan mala mina y que me haya arruinado tanto la vida – pensó él.

Estaba tan desanimado y desilusionado de la vida, que con tal de no discutir se dejó convencer de ir a tomar algo.

Julia era tan astuta como linda y lo conocía muy bien. Sabía como manejarlo seductoramente, sabía que si lograba llevarlo a solas a su departamento volvería con ella a fuerza de buen sexo.

Él también conocía sus debilidades, por lo que se mantuvo a la defensiva todo el tiempo.

No podía creer como una persona fuera tan atrevida y desfachatada. No le cabía en la cabeza que Julia pudiera pensar que él aún pudiera volver a caer en su red. Lo subestimaba demasiado, pero él ya estaba inmunizado de su maldad.

Fueron a tomar un café. Él decidió que era mejor pasar por tonto y sin preguntar ni cuestionar nada, escuchó todo su relato con atención.

–Cuando volví sola de Europa, casi muero de angustia por lo que había hecho. Reconozco que me dejé llevar por un juego de seducción que me costó muy caro. Me sentí usada y volví a casa esperando verte. No encontré ni rastros tuyos. Estaba todo impecable, solo faltabas vos y ese par de zapatos que repuse inmediatamente, como si completando la escena fueras a aparecer nuevamente.

En esa soledad pude darme cuenta de cuanta falta me hacías y de lo estúpida que había sido.

Caí en una profunda depresión, me quedaba todo el día tirada en nuestra cama. Para poder salir adelante, Carolina, mi amiga de toda la vida, me obligó a que hiciera alguna actividad física.

Comencé a tomar clases de pole-dance. En pocas clases me convertí en la mejor del curso. Un año después gané todos los torneos nacionales y panamericanos. Me mudé a Buenos Aires y fundé una academia de pole-dance que es un éxito. Me convertí en una experta en el arte del baile del caño, casi una eminencia en la disciplina.

Al año siguiente me convocó Marcelo y trabajé como coach en el Bailando; hice bailar en el caño a Moria y Carmen. Las dos eran terribles, me agotaban la energía y hasta me torcían los caños de la academia, pero yo siempre seguía adelante enfocada solo en el trabajo.

Hasta que me di cuenta de que me enfocaba solo en el trabajo para mitigar tu ausencia y que nunca iba a poder dejar de pensar en vos.

Te busqué por todos lados, hasta que di con vos por una cartilla médica.

Te encontré y cenamos esa noche; en la que esas misteriosas mujeres con un velo que no te quitaban la mirada de encima... ¿Te acordás? Esa noche que no respondiste a mis súplicas y me fui muy enojada. Enojada conmigo misma por ser tan torpe. Pasé un año más extrañándote, buscando tu presencia en mi vida, desesperada por sentirte más cerca. Decidí volver para demostrarte que cambié.

Tengo una necesidad imperiosa de que sepas que estoy dispuesta a empezar de nuevo, estoy dispuesta a amoldarme a tu vida actual a y a darte el hijo que toda tu vida deseaste.

Él no podía creer lo que ella le estaba proponiendo y ya exasperado le contestó:

–Mirá Julia, estoy acá tomando este café y escuchándote por una cuestión de cortesía. Sinceramente no volvería con vos ni aunque fueras la última mujer sobre la tierra. Me traicionaste con mi mejor amigo, con mi hermano. Me hiciste quedar como un boludo en la ciudad que me vio crecer. Así que por favor te voy a pedir que te olvides de mí y no vuelvas a molestarme.

Ella reaccionó ante sus palabras y le soltó frescamente:

–Ah, veo que estás con alguien... ¿Seguís con la rubia de ojitos celestes?

Y al mejor estilo de Cruella de Vil le lanzó a la cara una sonora carcajada.

A él se le heló la sangre al oír esas palabras, rápidamente concluyó de que esta flor de bruja tenía algo que ver con la desaparición de Paula de su vida.

Se contuvo para no darle vuelta la cara de un cachetazo o para no apretarle el cuello hasta estrangularla y en cambio solo le habló bruscamente dejando entrever su ira contenida:

–Hasta acá llegó mi paciencia. ¿Qué sabes de esa mujer? Y si tenés algo para contarme que yo no sepa, será mejor que lo digas ahora. No lo tomes como una amenaza, pero sería mejor que nunca me vieras realmente enojado, porque te lo juro por mi vida que vas a arrepentirte por el resto de la tuya. Así que más vale que me cuentes todo lo que tengas para contarme.

Julia jamás esperó verlo tan reactivo, palparlo tan agresivo en su discurso y verle la cara tan desencajada le dio un poco de miedo. Rápidamente y sin omitir detalles le describió el día del encuentro con la mujer rubia en su departamento.

Él no terminó de escuchar el relato, se levantó y se fue corriendo desesperadamente.

TENGO QUE VERTE.

Corriendo salió del bar y corriendo llegó a la vereda del departamento de ella.

Habían pasado seis meses desde la última vez que se habían cruzado bajo la lluvia, pero el recuerdo estaba presente tan vívido como si no hubieran pasado ni cinco minutos.

Paula estaba sola, acostada en su cama, mirando en la tele los mejores momentos de Anabela Ascar por Crónica TV.

Se olvidaba un poco de su soledad, sonriendo con la picardía de Anabela y los personajes bizarros del programa. No salía de su asombro al ver a la Giovanni, un personaje que le terminó inspirando ternura por su mensaje esperanzador a pesar de las adversidades de su vida. Giro y sigo era el estribillo de la canción que cantaba la Giovanni a la vez que bailando, giraba como un trompo.

Viendo a ese personaje, se dijo que ella también tenía que dar un giro, seguir adelante y olvidarse de él.

Le resultaba muy difícil, porque realmente se había enamorado como nunca.

Jamás se le hubiera cruzado por la cabeza pensar, que siendo una mujer adulta podría volver a amar a alguien con tanta adoración y dependencia. Pero así fue. Se encontraba con cuatro décadas y el alma destrozada.

Miles de veces en estos meses de dura soledad se arrepintió de haberse expuesto otra vez a esa vulnerabilidad total. Y otras tantas sintió en carne propia el fracaso... otra vez había fallado.

Se culpaba de no ser muy comunicativa o expresiva, pero con él parecía que eso había cambiado. Con él creía haber tenido una conexión muy especial. Hasta se habían permitido llorar como niños, cosa que la movilizaba aún más; porque ella jamás había concedido mostrarse tan frágil en ninguna relación anterior.

Enfrascada en sus pensamientos continuaba mirando la tele, cuando

repentinamente escuchó un grito desgarrador que venía de la calle.

Al principio prestó atención solo de curiosa, nunca se imaginó que era él, el que gritaba como un loco.

–¡Paula! ¡Necesito verte! ¡Por favor! ¡Necesito hablar con vos!

Gritaba como un niño, con las manos en la cara como improvisando un megáfono. Saltaba y se movía ansiosamente con cada grito.

Ella siguió escuchando, pero no se movió de la cama. Simplemente se quedó muy quieta para escuchar mejor.

–¡Paula! ¿Estás ahí? ¡Ahora sé porque desapareciste de mi vida! ¡Necesito explicarte! ¡Por favor!

Algunos vecinos de los edificios linderos comenzaron a salir a la calle y a asomarse por los balcones para ver quién era el pobre enamorado.

–¡Paula! Te amo, mi sol, mi vida. ¡Nunca te olvidé! ¡Te extraño, necesito abrazarte! ¡Por favor, dame una oportunidad de explicarte! Vos me pediste una vez que siempre volviéramos a intentarlo. ¡Acá estoy! No me voy a ir hasta que mirándome a los ojos me pidas que te olvide porque ya no sentís nada; o hasta que muera suplicando que bajes, aquí, desolado en tu vereda.

Más gente se asomaba para verlo, pero él estaba ajeno totalmente; solamente quería verla a ella.

Ella se cubrió la cabeza con una almohada, como queriendo no escuchar nada, como negando lo que pasaba y lo que sentía.

Él seguía intentando.

–Habíamos quedado que seríamos adultos, que hablaríamos de lo que nos pasara, pero terminamos siendo dos inmaduros que nos dejamos separar por la maldad y la estupidez.

Otra vez, ella se dejó ganar por los sentimientos; muchas lágrimas empezaron a brotarle copiosas y a rodarle por las mejillas. Se negaba a sentir, pero el sentimiento era más fuerte de lo que su mente le indicaba que debía ser. No se atrevió a abrir la ventana, solo permaneció inmóvil y continuó escuchando. Lo imaginaba parado en la vereda, indefenso, mirando hacia su ventana; con esos ojazos tristes y esas expresiones tan puras de adulto niño que la podían. No quiso asomarse porque sabía que en cuanto lo viera no podría resistir la tentación de correr a él.

Otra vez se le rompía el corazón de amor, a ella que unos minutos antes se había convencido de que ya era tiempo de olvidarlo.

Él seguía gritando, ya tan desesperado que casi sollozaba. El también se dejó ganar por el sentimiento que le embargaba el cuerpo entero. Siguió gritando:

—¡Te amoooo! ¡No puedo vivir sin vos! ¡Por favor! ¡Por favor! La única vez que dudé de tus sentimientos, no estuve dispuesto a renunciar a vos hasta que no saliera de tu boca. Creo que merezco esa misma oportunidad. ¡Te amo, Paula! ¡Te amo!

Otra vez quería verla, necesitaba tocarla, sufría por volver a sentirla cerca.

Completamente fuera de sí, intentó romper el blindex de la puerta de ingreso y entrar al edificio gritando y llorando como un crío.

Ella como habitualmente hacía, se exigió autocontrol y no se asomó.

Los vecinos, ya cansados de los gritos y el escándalo, comenzaron a pedirle que la termine de una vez y llamaron a la policía.

Unos minutos más tarde, Paula no sintió nada más, solo las lágrimas que le corrían por el cuello y percibió el reflejo de las luces azules de un patrullero.

YESA MALDITA CULPA.

Se lo llevó la policía y ella no hizo nada por impedirlo.

Todo lo vivido le venía a la mente como una catarata de sensaciones. Y la más cruel era la culpa. Como en su ruptura anterior, se culpaba de no haber sido más directa, más valiente para confrontarlo, de no haber podido demostrar cuanto sufría detrás de esa máscara de frialdad que se inventaba. Pero ese era el único modo de preservarse que conocía. Cerrarse en sí misma era su forma tonta de creerse a salvo. Lo más penoso era aceptar que esa estrategia nunca le resultó, porque las dos veces terminó partida por el dolor de la separación.

Nuevamente intentó no pensar y dormir, pero una a una le volvían a su cabeza las palabras que él le había gritado desesperado.

–No puede ser tan cínico, algo de verdad debe haber en su discurso. – pensó resignada.

Intentó convencerse de que no podía hacer nada, de que ya no tenía sentido revolver tantos meses de dolor y soledad.

Pero no pudo con el destino, algo más fuerte que la razón la impulsó a actuar.

Pensó en él, sentado en un calabozo y le causó congoja la situación. Era la persona más compasiva, inofensiva y buena que había conocido en toda su vida y por ella terminó tras las rejas. Trató de justificar su postura, recordando cuánto sufría por él.

–Que se curta por hacerme tanto daño –volvió a pensar; pero otra vez experimentó ese sentimiento de ternura que él le despertaba.

Lo volvió a imaginar tras las rejas, pero ésta vez lo imaginó descalzo y con los ojos más tristes que la luna, como la noche que lo conoció.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta. Desde lo más profundo de su corazón algo le hizo decidir que tenía que ir a buscarlo.

Con un impulso que no podía explicar racionalmente, se vistió rápido y

bajó por el ascensor.

El guardia de seguridad la vio y le preguntó en tono burlón si no había visto a su enamorado. Lo fulminó con la mirada y no contestó.

Corrió desesperada las seis cuadras que la separaban de la Comisaría Primera, que era adonde se lo habían llevado a él.

Entró y habló con el oficial de turno. Éste le explicó que estaba demorado por averiguación de antecedentes y que debía permanecer allí por seis horas.

Preguntó si lo podía ver y le dijeron que no, que estaba incomunicado.

Cuando el oficial se retiró de la ventanilla de atención al público, se escabulló por un pasillo de la comisaría y lo pudo espiar por una ventanita. Sin que él la viera lo observó. Estaba tal cual ella se lo imaginó, pero con la diferencia de que no le pudo ver la mirada.

Estaba sentado en un banco, con las piernas recogidas y la cara entre las rodillas, apoyada en sus brazos. Lo vio en una postura de abatimiento y desamparo. Se moría por tocarlo y no pudo negar que daría la vida por él.

Se dejó ganar por el amor y asumió completamente lo que sentía. En vez de huir a pesar de estar aterrada de darle una segunda oportunidad a lo que habían empezado, se plantó a esperarlo.

Las horas de espera le sirvieron para reflexionar sobre ellos, en todo lo que habían vivido, en cuanto entregó él y cuanto mezquinó ella.

Se quedó sentada en un banco de madera, igual al que estaba él, pero con la diferencia de que este no estaba tras las rejas.

Era tanta la desesperación de que el tiempo pase, que sus ojitos azules se veían grises de tanta tristeza.

—¿Cómo llegamos a esto?— pensó y se encogió de hombros.

Las horas pasaban y crecía la expectativa por verlo, pero le estaba ganando el cansancio.

Se durmió acurrucada en una esquinita del banco. Parecía muy frágil, casi como una niña; no se parecía en nada a la imagen de mujer fuerte que se inventaba para el mundo.

Así la vio él cuando lo dejaron ir y supo que nunca más se separaría de ella.

OTRA VEZ JUNTOS.

Él se acercó y suavemente para no sobresaltarla la rodeó con sus brazos y en ese abrazo le entregó también su alma.

Le beso el cabello y ella se despertó.

Le sonrió con una sonrisa franca y genuina, verdaderamente se alegraba de ese contacto.

En silencio, la tomó de la mano y salieron caminando pausadamente. Era el alba.

Caminaron unos metros y se detuvieron. Él la abrazó y ella respondió con otro abrazo. Quedaron trenzados inmóviles. Ella apoyó la cabeza contra su torso y sintió los latidos de su corazón muy agitado, parecía que se le iba a salir del pecho.

Él le tomó la cara con las manos y le besó los labios tiernamente. Se separó un instante y se miraron fijamente a los ojos. Reconectaron sus almas nuevamente y lloraron.

Él fue el primero en hablar:

–En este momento vuelvo a vivir. Pasé los meses más tristes de mi vida. Por favor nunca volvamos a separarnos. Te amo Paula, con todo lo que soy.

Ella lo observaba minuciosamente, no podía dejar de mirar a ese hombre que la sacaba de su eje; quería desesperadamente expresarle cuánto lo amaba, pero el nudo que tenía en la garganta no le dejó articular una palabra. Solo asentía con la cabeza a lo que él le decía.

Paula lo abrazó por la cintura y muy juntitos fueron caminando lentamente hasta su departamento.

Antes de entrar al edificio, él le preguntó:

–¿Estás segura de que nos quedemos acá?

Ella respondió dulcemente –si– asintiendo lentamente con la cabeza.

Subieron, entraron a la casa de ella y se volvieron a abrazar, sin que importara el tiempo. Se mecían suavemente, como si bailaran una canción

lenta, pero sin bailar.

Por fin ella pudo hablar:

–Te extrañé mucho, tanto que te pensé de mil maneras. Intenté con todo mi ímpetu odiarte, estaba tan dolida que te hubiese abofeteado, pero mi orgullo me impidió ir a buscarte hasta para eso. Vos tampoco volviste. Viví y reviví el abandono todas las noches que pasé sola, pero instintivamente dormía abrazada a mi almohada en un acto desesperado por sentirte de algún modo. Hasta compré tu shampoo para olerte cuando la soledad me dolía hasta en los huesos. Recordé muchas veces esos ojazos y siempre terminé con lágrimas en los míos. ¿Me creerías si te digo que nunca necesité tanto a ningún hombre en mi vida? Ni siquiera cuándo me quedé sola con dos bebés que dependían de mí; en ese momento necesitaba apoyo, esta vez solo necesitaba tu amor.

Te amo... te amo como nunca pensé que fuera posible amar a alguien que no sea un hijo. Te amo con toda mi alma, mi cuerpo y mi vida. Quiero que lo intentemos otra vez y otra vez y todas las veces que sean necesarias.

Él se regocijó con estas palabras y no pudo hacer nada más que enjuagarse lágrimas de alegría, adorándola con la mirada.

Comieron algo paraditos en la cocina, tomando cosas directamente de la heladera que rebosaba de alimentos sanos, ricos y nutritivos. Ella le ofreció un postre Serenito que él saboreó con entusiasmo. Le dio gozo verlo comer el postrecito del mismo modo que sus niños y se preguntó cómo se llevaría con ellos.

Después fueron a su habitación y ella corrió las sábanas de su cama, lo miró con una adoración absoluta y le dijo:

–Bienvenido a mi camita, amor.

El se tiró de cabeza y quedó tendido boca abajo con los brazos al costado de la cabeza. Ella se le subió encima para sentirlo todo contra ella. Parecían dos ranas. Le tomó las manos, así como estaban y entrelazaron sus dedos. Acompasaron sus respiraciones y permanecieron así por mucho tiempo; hasta que ella rodó y se tumbó a su lado.

Él la miró a los ojos e intentó explicar:

–Antes de seguir adelante, quiero que sepas que la noche que encontraste a Julia en mi departamento, yo no estuve, no llegué ni a verla. Estuve en una cirugía que duró hasta la madrugada; fue una de las más complicadas que

realicé en mi vida.

Ella le cubrió la boca con la mano como suplicando que no siga, sugiriéndole que en ese amanecer no necesitaba más palabras.

AMOR REENCONTRADO.

Se terminaron las palabras para dar lugar a los abrazos, los besos y las caricias que tanto habían anhelado.

Se tocaban lentamente, como si quisieran grabar en sus manos el cuerpo del otro.

Fue un encuentro más espiritual, de compañerismo y de entrega que un mero acto sexual.

Se miraron a los ojos, se olieron, se sintieron y se amaron suavemente, lentamente, disfrutando cada instante.

La coronación fue un orgasmo cargado de sentimientos, de miradas y de manos entrelazadas. Ambos sabían que si no llegaban al orgasmo estaba bien igual. Solo querían tenerse el uno al otro.

Se quedaron tendidos enfrentados y muy relajados, se volvieron a tomar de la mano y se sonreían.

Él le confesó que no estuvo con nadie más que con ella en su cabeza todo el tiempo. Que pensó que nunca más podría estar con nadie y que podría haberse entregado al celibato.

A ella, esas palabras le dieron gracia y le comentó que hubiese sido una pena que su amigo, el señor pene, se jubile siendo tan joven y tan bonito.

Rieron tontamente, se juntaron en el centro de la cama y durmieron haciendo cucharita toda la noche.

Él, entre sueños, le besaba el cuello en cada oportunidad que se daba cuenta que la tenía entre sus brazos y ella respondía a cada beso con un ronroneo de placer o una caricia.

Otra vez volvieron a sentir la dimensión plena del amor en sus cuerpos.

ROMPIENDO PARADIGMAS.

Para ella este reencuentro marcó otra etapa de su vida; la de ser feliz por sobre sus auto imposiciones. Tuvo que tranzar con ella misma para comenzar a permitirse cosas que en otro momento le hubieran parecido inadmisibles.

Una era presentárselo a sus hijos.

El encuentro fue casual, a la salida del colegio, sobre ese boulevard Oroño que ya era protagonista de una parte de esta historia.

Ella iba con sus dos niños, uno tomado de cada mano. Se vieron de lejos y comenzaron a sonreirse. Caminaban sobre la misma línea recta imaginaria pero en direcciones opuestas.

Como ninguno de los dos modificó su trayectoria, llegó un punto en que quedaron frente a frente. Los niños se divertían al ver a su mamá sonreír.

En ese instante en que ya estaban por chocar, como si estuvieran coordinados, ella se estiró unos centímetros y él se agachó otros. Cerraron el acto con un besito tierno.

Sus hijos la miraban con los ojos grandes, con sorpresa, hacía mucho tiempo que no veían a su mamá en una situación así... Tan apacible, tan contenta y acompañada.

Él se agachó, les dio la mano haciéndose el payaso y los niños respondieron divertidos.

No hubo que hacer mucho más, un almuerzo en Mc Donald's todos juntos y ya estaba incluido en ese círculo de amor tan íntimo.

El segundo paradigma a romper era el de qué dirá papá.

Paula sabía que sus padres eran talibanes del qué dirán, pero también estaba decidida a desafiar ese mandato.

Le costó roerse todas las uñas de ambas manos hasta sufrir dolor; pero no había vuelta atrás. Les gustara o no deberían aceptarlo.

Así fue también, todo fluyó naturalmente. Cuando sus padres comprobaron como la adoraba y lo feliz que estaba ahora su hija, no hizo falta dar excusas

ni explicaciones.

Y por último, el tercer y más difícil para ella fue acceder a la convivencia, por todo lo que ello implicaba para sus niños. Poco a poco se fue quedando un día, después otro y cuando quiso acordar ya estaba casi mudado.

Era increíble la dedicación que ponía para relacionarse con los chicos y ella se enorgullecía de ver como ellos también comenzaban a quererlo y respetarlo.

Al principio solo colaboraba con ella llevándonos al colegio, pero progresivamente se acopló a la vida en familia tan fluidamente que los trataba como un verdadero padre.

Le encantaba observarlos porque en ellos veía a su hermosa mujer. La veía en algunos rasgos físicos, pero por sobre todo en sus actitudes y sus modos de actuar. Eso lo llenaba de ternura, porque ellos eran unos minis Paula antes de que la endurezca la vida.

Con el tiempo los amó como si fueran sus propios hijos, ya que asumía que ellos serían los que algún día le dieran el legítimo título de abuelo.

FELICIDAD TOTAL.

Y así transcurrieron los siguientes dos años de vida de relación. Se sentían muy afortunados por tenerse. Él era un verdadero compañero de vida y ella se entregó a él por completo.

Tal como lo deseó la primera vez que la vio en la guardia del sanatorio, dedicó su vida a cuidarla, mimarla, respetarla, a protegerla, a malcriarla y a amarla como ella nunca imaginó que fuera posible. Ella respondía con devoción absoluta. También lo adoraba con el alma.

Eran una verdadera pareja. A veces peleaban por pavadas de la vida cotidiana, pero nunca más se permitieron dormir estando peleados. Esa condición se convirtió en una regla; arreglar sus diferencias antes de cerrar los ojos para dormir.

Llevaban una vida muy simple, todos los días disfrutaban de pequeños detalles como una rica cena en familia, una cervecita juntos bajo la luz de la luna o compartir una peli por tv. Conversaban y reían mucho.

Compartían el placer de dormir la siesta juntos y comer chocolates en la cama. Pero lo que más adoraban era hacer el amor. Cada encuentro era único y la única razón debía ser que hubiera verdadero deseo.

Realmente eran muy felices juntos sin exigirse grandes cosas.

LA IDEA MENOS PENSADA.

Una noche en que él dormía plácidamente, ella no podía dejar de mirarlo. Lo recorrió todo, desde su pelo, bajando por su perfil y esos ojazos que permanecían cerrados. Sus hombros, sus brazos, sus manos, esas manos que hacían milagros en todos los ámbitos de la vida.

Todo su cuerpo la atraía. Lo amaba con deseo y locura. Se le iban las manos para acariciarlo, para tocarlo, pero se contuvo para no despertarlo. Había trabajado mucho y necesitaba descansar.

Mientras lo observaba, la invadió un pensamiento muy perturbador. Se preguntó si era tan imperecedero y eterno eso que tenían. Se angustió y tuvo una visión catastrófica de perderlo.

–Nadie tiene la vida comprada –pensó.

Lo volvió a mirar y otra vez la embargó la angustia.

–Si, esto es muy real y durará por siempre –intentó tranquilizarse.

Pero otra vez volvió a temer la pérdida. Pensó y repensó la idea mil veces y concluyó que la única forma concreta de materializar semejante pasión eternamente sería teniendo un hijo en común.

Ella que nunca en la vida creyó volver a pasar por un parto, se planteaba sin proponérselo volver a tener un bebé.

Sintió esa necesidad con todo su ser. Tener un bebé significaba tener algo más de él que él mismo.

–No, es una locura, debo estar loca –se dijo.

Pero no... Ese pensamiento se le hizo tan recurrente que no podía dejar de fantasear con la idea.

No podía compartirla con él, porque de no decidirse completamente, le parecía una crueldad jugar con ese tema.

Sabía del amor que él sentía por los niños, pero también durante mucho tiempo agradeció que él renunciase a tener un hijo propio para no presionarla a ella.

Y al igual que cada vez que dimensionaba esos actos de amor silenciosos, lo amó más.

Obstinada como era, a esta altura se convenció de que cueste lo que le cueste, le iba a dar un hijo. Se lo merecía.

Programó una cita con su ginecóloga para quitarse el dispositivo intrauterino que tenía colocado como método anticonceptivo y así lo hizo.

Estaba sumamente conmovida y atemorizada por su decisión, pero una vez más dejó que la vida y el amor fluyan.

SORPRESA.

A los cuatro meses de aquel día y a los cuarenta y tres años de edad, no pudo más de asombro.

La vida le volvía a enseñar con hechos que el destino puede ser increíblemente cambiante.

Ella, que no se imaginó volver a sentir tanto pero tanto amor, ahí estaba, con un test de embarazo positivo en sus manos.

Lloró de emoción. Lloró mucho. No sabía si por ella, por él, por ambos o porque las hormonas del embarazo ya estaban afectando sus percepciones.

No le importaba perder su autonomía, perder sus horas de ocio, perder sus viajes y horas de trabajo... Solo quería hacerlo feliz a él.

Aprovechó que estarían solos para darle la noticia.

Preparó una cena íntima y reservó una botella de champán francés.

Cuando terminaron de cenar le pidió que busque la botella del freezer, llenó dos copitas y sonriendo propuso:

–Bueno, brindemos... ¿Por qué podemos brindar mi Negro?

Él que era tan inocente de todo, encogiéndose de hombros, dijo:

–¿Por nosotros?

–¿Solo por nosotros dos? –preguntó ella y rápido continuó:

–Por nosotros tres, mi amor. Estoy embarazada. Me enteré hoy a la mañana y no veía la hora de darte esta sorpresa. Te amo inmensamente.

Después de decir estas palabras se dedicó a observar su reacción; quería deleitarse viéndolo, no quería perderse ningún detalle de su expresión, ni de sus ojos, ni de su cuerpo.

No se equivocó, era digno de ver el amor que irradiaba su mirada.

La miró reflexivo durante un largo tiempo, como asimilando lo que acababa de oír.

Suavemente se tocó el pelo con la mano, como peinando el maremoto de emociones que se le cruzaba por la mente.

Cuando asimiló completamente lo que pasaba y muy fiel a su estilo de mostrar sus sentimientos abiertamente con ella, lloró de emoción y amor.

La abrazó y la volvió a mirar con gratitud, a la vez que acompañaba el gesto con palabras:

–Gracias, gracias, gracias, mi amor.

Repetía extasiado, primero mirándola a los ojos y luego mirando su vientre.

La besó con mucha suavidad y se acurrucó en su regazo.

MARÍA.

María, casi como un símbolo, dio sus primeros pasos el día exacto del cuarto aniversario de la noche que se conocieron.

Lo hizo de la mano de sus hermanos y bajo la mirada atenta de sus padres.

Él estaba completamente loco de amor por esa niña que era el calco de su madre. Ella que había querido concebirla para tener algo más de él, tuvo que contentarse solo con la blancura de su piel.

Esos pasitos eran un símbolo de un amor que empezó esa noche de intensa soledad y pasito a pasito se había transformado en una auténtica familia.

Paula nunca hubiera pensado que su vida iba a cambiar de una forma tan radical. Ella que pensaba que nunca volvería a amar, hoy daba la vida por ese hombre que nunca dejaba de sorprenderla.

Con él, la vida todos los días tenía un matiz distinto, cada día era mejor que el anterior.

Con él aprendió a expresar sus sentimientos abiertamente, con él aprendió a poder ser débil sin temor, con él pudo ser ella en su esencia más pura, con sus momentos de paz y sus desbordes.

Ese amor incondicional hizo que María esté ahora con ellos.

Él se convirtió en el hombre más dichoso del mundo.

En su consultorio puso un portarretratos con la foto de los cinco. Esa foto era su motor, su inspiración entre consulta y consulta. No dejaba de mirarla con orgullo; pues era un símbolo de amor y de esperanza.

A él, que en algún momento se sintió desahuciado, el destino le enseñó que siempre hay una sorpresa a la vuelta de la esquina. En este caso esa sorpresa se resumía en María.

AMOR, RUTINA, MÁS AMOR.

La vida siguió su curso, la convivencia, las diversas obligaciones, los chicos, la casa y todos los etcéteras imaginables modificaron la disponibilidad pero no la predisposición para el encuentro.

Siempre se hacían un lugarcito para ellos, siempre encontraban el momento de la intimidad.

A veces el encuentro era bajo la ducha de un día cualquiera a las seis y media de la mañana.

Otras veces se escapaban del trabajo y en vez de almorzar se encerraban en un hotel. Ella adoraba esta opción porque podía gemir y gritar de placer libremente cuando hacían el amor salvajemente. Después para justificarse, le explicaba entre risas que eso técnicamente le potenciaba los orgasmos. A él, eso lo divertía infinitamente porque disfrutaba de verla en su estado más primitivo.

Algunas veces él llegaba agotado del trabajo, ella acostaba a los chicos temprano y le hacía un masaje relajante, seguía con una felación increíble y terminaba tocándose sensualmente para él, que disfrutaba de toda la velada con absoluta fascinación.

La miraba siempre y no podía dejar de admirarla, le parecía la mujer más increíble, más femenina, más buena y más digna de todas las mujeres que él había conocido en su vida.

El seguía medio inmaduro y calentón casi como un adolescente y ella disfrutaba de dejarlo erecto en lugares incómodos con un simple beso sensual, sabiendo que después venía un salvaje castigo por ser una niña tan mala.

A veces discutían por pavadas y después exorcizaban el miedo de perderse con un encuentro sexual cargado de agresiva pasión.

Se adoraban, como esta noche, que los chicos estaban con su papá y María estaba profundamente dormida.

Se hicieron el amor dulcemente, con paciencia, con entrega, sin apuro de llegar a ningún lado. Con todas las caricias, los besos y los toques necesarios

alcanzaron la unión de sus cuerpos y de sus almas.

Se quedaron tendidos como tanto les gustaba. Se miraron largamente y luego se levantaron. Dormir desnudos y pegoteados era un placer que tenían vedado desde el día que María aprendió a bajarse de su cama.

Se ducharon, él volvió a la cama y se quedó profundamente dormido en un instante.

Ella se quedó en el baño, poniéndose crema en el la cara y en las manos. Se miró en el espejo por mucho tiempo, como redescubriéndose.

Se vio distinta, con un par de quilitos de más y el cuerpo menos trabajado que el día que tomaron la foto en el gimnasio para los sociales del diario; pero había algo más que lo meramente físico en ese cambio.

Se siguió auto investigando en la imagen que le devolvía el espejo y descubrió un cambio en su mirada.

Vio sus ojos muy transparentes, casi luminosos y dedujo que era la felicidad del alma que se le reflejaba de esa forma.

Se hizo un guiño en el espejo, se sonrió a si misma y apagó la luz.

Se acostó al lado de su ángel y sin despertarlo trenzó su mano izquierda con la derecha de él. Apoyó su pie izquierdo sobre el empeine del pie derecho de él y conectó con su alma.

Se sentía como un barco que llega a un puerto seguro después de un agitado viaje por altamar.

Rezó y agradeció por todo lo que la vida le daba, pidió nunca dejar de sentir tanto amor y se durmió completamente plena y feliz.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Este sueño de escribir no podría haber sido posible si no sintiera tanto amor en mi vida.

A las SIN FILTRO: Dani, Vicky, Marian, Ceci, Dani, Meli, Marisa y Sil. Gracias a ustedes, amigas rosarinas, comencé a escribir casi como un juego.

A las BIRIBIRI: Lola, Andre, Anita, Carlita, Dani, Pau, Juli, Vero, Flor, Iva, Marie y Sil. Gracias a ustedes, amigas de toda mi vida, concluí entusiasmada esta historia, feliz de continuar escribiendo cuando pedían mas capítulos.

A la Pina, Chipi, Marilina, Lucía y mis hermanas Julieta y Luciana; gracias al aliento que me dieron me empecé en editar este libro.

Gracias Lú por tus fotos increíbles.

A Cecilia, gracias por tus diseños de portada que me emocionaron al ver plasmadas en imágenes mis palabras.

A Candy, mi última nueva amiga: gracias por tu concisa y ácida crítica que me presionó a reescribir esta historia.

A mis amigos y compañeros de trabajo Mauricio y Leo, gracias por hacer de mi mundo del diseño de cañerías un lugar tan apacible que me deja energías para seguir diseñando con palabras.

Gracias a mis padres, porque todo lo que soy se lo debo a ellos.

Gracias a mis hijas Olivia y María por tanto amor imposible de describir con palabras.

Y por último, gracias a vos, mi lindo, José Manuel; porque esta historia es un tierno homenaje a este vínculo de amor que hemos construido después de 25 años de estar intentándolo una vez y otra vez y otra vez...

ÍNDICE

Ella.

Él.

El encuentro.

Fin de la noche.

Él, después del encuentro.

Ella, después del encuentro.

La vida continúa.

Segundo encuentro.

Palabras sin palabras.

Nos ponemos de acuerdo.

¡Contá todo ya!

Volverte a ver.

Confesiones femeninas.

Confesiones masculinas.

Contacto virtual.

Contacto sexual.

¡Ohhhh!

El regalo.

Dormir pegados.

Vuelta a la realidad.

Todo igual pero distinto.

¡Me invento algo!

El día esperado.

Debilidades de niña.

Cercanía.

Amor sin sexo.

Amor con desayuno.

Ducha con sexo.

Tormenta con amor.

Y sí, al final... ¡Sexo con amor!

intuición femenina.
De loser total a winner en tres días.
Mil maneras de dar placer.
Problemas.
Testigo invisible.
La hora de la verdad.
Gracias amiga.
Perdón, amor.
En mis brazos.
El desahogo.
Hablemos de nosotros.
Mi vida contigo.
Revanchas.
Juguemos...
Amor.
Desilusión.
¿Qué pasa, amor?
Más amor.
Fin de la relación.
Felicidad y maldad.
Inocencia.
Días de mucha tristeza.
Más dolor.
Contrataque de maldad.
Tengo que verte.
Y esa maldita culpa.
Otra vez juntos.
Amor reencontrado.
Rompiendo paradigmas.
Felicidad total.
La idea menos pensada.
Sorpresa.
María.
Amor, rutina, más amor.
Agradecimientos